

MUREF
Museo de la Revolución en la Frontera

TALLER DE

ESCRITURA CREATIVA

Antología taller de escritura creativa
verano 2021

Facilitador: Lic. Gibrán Del Real
Museo de la Revolución en la Frontera

AGRADECIMIENTOS

Este programa se puede llevar a cabo gracias al apoyo de:

- **La Secretaría de Cultura**
- **INAH**
- **Fundación del Empresariado Chihuahuense, A.C.**
- **Fundación Rosario Campos de Fernández**
- **Patronato Amigos del MUREF**



PRESENTACIÓN

La siguiente antología es una muestra del trabajo de nuevos escritores en Ciudad Juárez, quienes interesados en mejorar su quehacer se han involucrado en el proceso de un taller de escritura convocado por el Museo de la Revolución en la Frontera (MUREF).

Tarea fácil no es, pero sí satisfactoria y de gran crecimiento personal y profesional; estar inmerso en las letras y hacer de estas una forma de vida requiere no sólo de talento si no de tiempo y dedicación. Nuestro reconocimiento para la persona que guía estos procesos, pero aún más para quienes se han unido al reto de fomentar el arte de la escritura y la lectura a la par del MUREF.

En la presente, veremos trabajos que van desde dulces descripciones personales acerca de vivencias muy íntimas, otras más que empáticamente exploran las de alguien más; algunas experiencias desde la comunidad “el barrio” pues, además de fantásticas retóricas en las que se aprecia ya el conocimiento técnico de la escritura literaria.

Esperamos que estos trabajos sean del agrado de todos, que puedan sumergirse en ellos, empatizar e identificarse con los protagonistas que viven en el borde de sus propias revoluciones.



TORO

Oscar Ariel Gamboa Rubio

CAPITULO I EL INDIGENTE

Había yo llegado a San Bernardo con la ayuda de mi primo Rito, que viajaba de Ciudad Juárez a ese destino, cargaba la encomienda, aunque suene arcaica, de solicitar un acta de nacimiento para mi abuela en las oficinas del primitivo registro civil. Entre sus vanguardias, presumía una computadora robusta y obsoleta de color ahuesado, que seguidamente enfurecía a la encargada con su lentitud o su disfuncionalidad. En esas comunidades pintorescas del norte de Durango, aún no tienen un sistema de información que facilite esos trámites, la tecnología ha demorado en alcanzarlos.

Después de varias horas de espera y ya con el documento en mano, me vi impaciente a un costado de la plaza de armas, justo frente a la heladería, donde se encuentra la central de camiones; no es una modernidad de infraestructura, es más bien un local que no creció debido a la baja demanda y conserva, como en algunos pueblos pequeños, su añejo aire de tiempos mejores, bañados con una gruesa costra de pintura de aceite color verde olivo.

Nunca requerí del transporte público porque, en mi orgullo de caminante, preferí siempre el andar por los caminos con no más ayuda que mis pies. Pero en aquella ocasión, dos razones me hacían traicionar mi tradición de andante. La primera, fue una de esas que defino por extrañas y atribuidas místicamente

al destino, la segunda fue la distancia; un viaje así de largo no podía hacerse como acostumbraba, así que, un impulso me hizo tomar el autobús que sale de San Bernardo a Tres Minas.

Cuando llegué a la central, seis personas enfiladas abordaban ya el ómnibus. Una pareja de ancianos con un niño de no más de 8 años presumiblemente su nieto, dos jóvenes Tarahumaras sin su atuendo tradicional y al final de la fila, hallábase un señor que me dio un aire familiar, pero, que disipé al momento, con la lógica resultante de cuestionarme su presencia en San Bernardo, siendo de Tres Minas. Llevaba entre sus cosas, un termo de plástico azul con tapa blanca y una carpeta de imitación piel color vino y le definía su uniforme como trabajador de una proveedora de pan y dulces.

Me dirigí a la taquilla e hice la compra de mi boleto —uno a Tres Minas por favor— le dije un poco apresurado a la cajera, quien, sin mirarme, tecleó en la computadora y velozmente el sonido de la impresora escupió el boleto. Le agradecí atentamente sin recibir siquiera una palabra de regreso, a cambio, su delgado brazo extendido, adornado con una pulsera roja en la muñeca, me restregó en el rostro el trozo de papel. Lo tomé sin más juicios, para cuando me encaminé al camión, ya habían subido todos los que esperaban turno. El chofer que bajaba me arrebató el talón del boleto y me pidió que abordara pues se le notaba prisa y torpeza al manejar la documentación que se le escapaba de la tabla de cartón prensado.

Como gusto de andar siempre ligero, no llevaba conmigo más que una pequeña maleta, apenas cabía un cambio de ropa, zapatos y los artículos para afeitarse. Eso hizo que mi salto al estribo fuera sencillo, no llevaba peso considerable, y en el impulso del brinco, apoyándome en los pasamanos, repliqué la fuerza con un jalón para velozmente estar ya de frente a los primeros asientos. Elegí el primero porque me ofrecía una buena vista de la carretera y además la rapidez con la que me bajaría al llegar. En el asiento trasero, ya sentado, se encontraba el vendedor de pan y dulces con su carpeta color vino apoyada en el asiento del pasillo y él, pasmado en el cristal. Me di cuenta de que, con su mirada,

perseguía con curiosidad algo que se movía al filo de la ventanilla, no le di la menor importancia, coloqué en el maletero lo que por equipaje contaba y me senté como acostumbro, un pie fuera del asiento y encorvado hacia adelante, asentando los codos sobre las rodillas, como buscando el horizonte en el parabrisas del camión. Sin esperarlo, me llegó un sobre salto; súbita y velozmente, un indigente se trepó al escalón, haciéndome posar la espalda en el respaldo del asiento, evidentemente pasmado. No reaccioné hasta que colocó su mano frente a mi cara, acercándola levemente con el clásico movimiento que se hace al pedir una moneda. Me repuse en milésimas de segundos del susto, obligado más por la soberbia que por el alivio, solo para darme otra impresión no mayor a la primera, el percibir el olor que expedía este hombre. Una mezcla indescifrable entre: orines, tierra, alcohol, cebo humano y cosas aún inasibles para mi discerniente olfato. El efímero momento de escrutinio olfativo se rompió regresándome de nuevo la conciencia, por la insistencia de la mano frente a mis ojos. De entre las bolsas del saco, liberé con torpeza, una moneda de cinco pesos y se la di; apenas la sintió en su costrosa y renegrida palma, se alejó y siguió su camino al fondo del camión para continuar mendigando. Clavé la mirada en el azul intenso que recubría el piso del camión, hundiéndome en el pensamiento reflexivo sobre la “mala suerte” y la pobreza de ese hombre; condiciones similares a la miseria que a veces los afortunados llevamos por dentro y que nos esforzamos por ocultar. Escuché al vendedor a mis espaldas que le dijo: —no traigo mi Chumel, hay pa’ la otra— Fue en ese instante cuando mi atención se intensificó sobre aquel pordiosero. Apoyé mis manos en el cabezal del asiento para mirar con discreción, pero con perspicacia. Entre sus negros y sucios cabellos, buscaba yo un rostro, una identidad. La suciedad azabache y enraizada que le cubría la cara no dejaba descifrarle. Fue hasta que un destello de su mirada, en fuga entre la frondosidad de su cabellera, logré dar con él en las lagunas de mis recuerdos. Si, era él. Pero, un cuestionamiento llegó a mi mente como un rayo. — ¿Cómo es que ha llegado hasta acá? Le seguí con la mirada hacia atrás y de regreso. Cuando pasó por mi lugar, me miró fijamente, confirmé en ello la explosión anterior de mi reminiscencia, su mirada se escondió entre el piso y los escalones del camión y corrió perseguido por la vergüenza. Cuando avanzó unos metros, regresó su mirada, ahora entre

el parabrisas de camión, la fijó en la mía y la volvió a incrustar ahora en el asfalto. Entre el vidrio de la ventana del asiento que daba frente al mío, le vi desvanecerse entre la esquina de las calles Benito Juárez y la Laves de Reforma.

Al ritmo parsimonioso con que regresaba mi espalda al asiento, mi mente descifraba el primer cuestionamiento que me hice al verle, además agregaba a mi debate interno, el saber cómo es que había llegado a San Bernardo. Divagaba en ello, cuando escuché al vendedor decir en tono fuerte, como para hacerse escuchar claramente: — Es el Chumel, un borracho de Tres Minas que lo corrieron de allá y vino a dar San Bernardo. ¿Lo conoce?, ¿usted es de Tres Minas? — en la nuca sentí la cascada de preguntas que, sin duda, eran para mí. Los dos Tarahumaras habían subido hasta atrás como es su costumbre, los ancianos y su nieto se ubicaban a la mitad del camión. Así que las preguntas eran para mí. —No, yo soy de la frontera. No conozco al indigente— le contesté esperando no fuera notorio que le mentía.

—Dicen que su esposa lo abandonó y también sus hijos. Se echó al vicio, le entró a la droga y ahora mendiga para sacar para el pegamento— dijo en un tono indudable, con esa seguridad con la que se cuentan las cosas a un fuereño, confiando que no habrá manera de comprobación y que, por el contrario, todo lo que provocan en quien escucha es asombro.

Tratando de regresarle la atención y gentileza de su plática, Le volví interesadamente su segundo cuestionamiento; le pregunté si él era oriundo de Tres Minas, puesto que afirmaba conocer detalladamente la vida del indigente. Afirmó suavemente con la cabeza, no emitió alguna palabra, persiguió con sus ojos la banqueta de la terminal, aventó un suspiro, como preparando una respuesta profunda y con ello reafirmar la veracidad —Verá usted, por todo Tres Minas, “el Chumel”, es muy conocido, su vagancia ya es épica, incluso se cuentan uno que otro mito; lo que en mí tengo por constancia es que su suerte se acabó y su familia optó por abandonarle. ¿Quién es capaz de soportar a un adicto? Es una carga difícil, no cualquiera se ancla a eso, a ese mundo— Me permití un atrevimiento como réplica al adoptar la postura contraria a su versión, diciendo además que, en esos casos, el abandono es resultado de un

duro proceso que lleva tiempo, pero que la suerte de Chumel y su familia no se diluyeron por hartazgo de su desgracia. Sus ojos se abrieron como las de un cazador al ver su presa indefensa, pareció enojarse, o eso noté, que diera una opinión contraria, cómo iba a tener una mejor versión un extranjero, bajo que conocimiento fundamentaba yo esas palabras, más que un enojo, era la picaresca insinuación de que estaba equivocado y era evidente que había que sostener mi duda con mis palabras.

El vendedor tomó su carpeta color vino y la puso en el maletero sobre la cabeza de los asientos y me invitó a sentarme a su lado. Al hacerlo me invadió un poco la incomodidad, prefiero la soledad a la compañía sobre todo en espacios tan reducidos. Al acercarme, él miraba una vez más por su ventanilla y ahí me di cuenta de que el camión ya estaba en marcha, la breve charla había acaparado mi atención que me fue imperceptible el momento de la partida. Cuando reflexionaba sobre mi omisión, el vendedor volteó su mirada en mí haciendo un escaneo. — ¿En qué parte lo he visto?, siento que ya lo conocía, ¿pero dice usted que no es de por aquí verdad? Lo encuentro familiar. — Silenciosamente y con una negativa con la cabeza, le hice saber que se equivocaba.

—le digo que soy de la frontera, he venido a San Bernardo a dejar unos encargos de mi abuela, ella si es oriunda de estos lares; me han dicho que en Tres Minas hay más que ver y haciendo caso a esos dichos y a mi curiosidad, voy a visitar para llevarme un buen recuerdo o una experiencia—

Antes de subir al camión, tuve la misma sensación que el vendedor poseía de mí, sabía que en alguna parte lo había visto. En ese momento no me había exigido para recordarlo, pero al verle de cerca y al entablar plática no tenía duda. Yo sabía quién era, él no me conocía ciertamente, pero yo ahora sabía con certeza de quién se trataba.

En mis años de niñez, pasaba los días jugando fútbol en una cancha incrustada al cerro sobre un arroyo, a la que las lluvias de verano le arrancaban pedazos esparciéndolos con su caudal por todo el barrio. Tres calles abajo, vivía una chica pelirroja que me atraía intensamente, solía esperar la hora

en que ella salía a la tienda para mirarla pasar y acompañarla en silencio, a prudente distancia para no quedar como un pervertido. Como un sabueso, iba inhalando su perfume a limón que el viento esparcía al mover su llamativa cabellera. Jugaba con el tiempo para coincidir al momento de tropezar con ella frente a frente, así podía perderme en su verde mirada los dos segundos de coincidencia silenciosa que duraba nuestra casualidad a la puerta de la tienda. Después de eso, solo debía recoger la estela de su aroma y de su ausencia, mirándole alejar con su caminar cadencioso, hasta que entraba a su casa. Se abría el enorme portón metálico de color negro. Entraba y su tío, se encargaba de cerrar la pesada puerta echando una mirada hacia afuera como un perro guardián. Ahí estaba, era él. El tío de aquel amor de infancia era el vendedor de panes y dulces que se encontraba a mi costado, ese hombre que se expandía en el asiento contiguo, que bostezaba y esperaba impaciente mi respuesta.

La picardía que sentía en mi interior por yo saber quién era y él desconocerme, se configuraba en una sonrisa que no llegaba a modificar mis labios para hacerse evidente. Era una sonrisa imperceptible y una emoción por tener el control y el anonimato, una sensación que equivaldría a la que él sentía por saberse poseedor de la verdad del indigente y esperar el momento para desmentir mis argumentos.

La paz sobre la guerra de la verdad de Chumel entró sin entrarnos, fue como si suspender nuestro debate apenas planteado nos diera un espacio para rebuscar en nuestros archivos, los relatos, dichos, mitos y realidades de aquel indigente y poder en un indefinido momento del viaje, vomitarlos todos para someter al perdedor.

Para que el viaje no fuera una monotonía y su invitación a sentarme junto a él no quedara como un fiasco por las expectativas de garlador que probablemente él se hacía de mí, rompí el silencio que ya nos había invadido y de paso, un prolongado bostezo, con una pregunta, una pregunta de esas “rompe hielo” que hacen las personas cuando hablan con un desconocido y que varían entre los temas del clima, la hora o el origen; yo opté por la última: — ¿De qué parte

de Tres Minas es usted? — me seguía invadiendo esa sensación, yo sabía de donde era, sólo jugaba con mi mentira. — de la colonia Tierra y Libertad, allá pegado a la salida de la ciudad, donde se revuelca el diablo. ¿Conoce usted por aquel rumbo? — su respuesta me desconcertó pues mis recuerdos me daban otra información y dudé de mí, en ese instante sentí que me mentía de la misma manera que yo lo hacía. — ¿A caso se habrá dado cuenta de que yo miento? ¿Me habrá reconocido? — Traté de reponer mi confianza para no ser descubierto y esta vez mi respuesta debía acompañarse de una mirada directa a sus ojos. Eso sin duda le daría el mensaje de mi falsa honestidad. — No, no conozco por esos rumbos, no le he dicho ya que no soy de aquí, hace años que vine a Tres Minas y solo tengo vagas imágenes de su plaza de armas, una peletería y la terminal de camiones. Es todo de ahí en más no conozco nada— Puede ver que había caído en mi simulación, bajó su mirada, sacó su termo, dio un largo sorbo haciendo silbar desagradablemente aquel envase, al terminar, derramó un poco por las comisuras de sus labios, las que limpió con el puño de su camisa. Me ofreció un trago y lo rechace cortésmente, si es que en el rechazo existe cortesía en sí mismo. Con la garganta lubricada por el líquido que consumía y que por el olor se adivinaba una bebida alcohólica, reinició la plática del indigente. — Ese indigente al que vimos antes de salir, Chumel, lo conocí allá en la Tierra y Libertad, en la colonia era otra persona, vestía modestamente, vaquero como la mayoría de los que somos de por acá, no tenía trabajo seguro, pero le buscaba, incluso se fue al otro lado una temporada, ahora que lo recuerdo, estuvo por allá en la frontera un buen tiempo, no supe de él en esos años. Fuimos fundadores de la colonia, vivimos en casas de madera y cartón. En ese tiempo le agarró por la droga. De albañil, para aguantar las friegas, a veces es necesario tener un apoyo, llámele pretexto si usted quiere, en la pobreza, la desesperación no todos la soportamos cuerdos— en definitiva, este hombre conocía al indigente desde una época diferente, en otras circunstancias, además justificaba su adicción. Me di cuenta de que, por compartir los momentos de pobreza y necesidad, la hermandad floreció, pero no sabía hasta qué punto, era imprescindible saberlo. — Conoció usted entonces bien a su familia por lo que veo, compartieron de aquel tiempo algunas cosas— Levantó su termo de nuevo y dio un breve trago, se preparaba

para dar una respuesta inmediata, o más que inmediata, tratando de hacer una aclaración muy precisa. — No, no... ¡yo no le conocí mucho tiempo! Además, déjeme decirle que ni siquiera cruzamos palabra en aquellos tiempos; nos sabíamos vecinos porque le divisaba por la calle y mis hijos jugaban con los suyos, pero jamás hablamos, ni el saludo nos dimos. Lo que sé es porque, debo confesarle, la gente trae y lleva, uno se hace sus ideas e irresponsablemente las suelta. No vendrá ahora a reclamarme el Chumel por hablar bien o mal de él, seguro me entiende—

No sé por qué un alivio me invadió al saber que alardeaba con su conocimiento del indigente, no sólo por ese hecho, sino porque me calmaba pensar que no descubriría mi farsa; si él mentía, de alguna forma, yo podía seguir siendo un desconocido para él. No sabía si existía algo de lógica en ese razonamiento, pero me hacía sentir cubierto.

—Le entiendo perfectamente, mentir sobre algo o alguien que no nos representa un valor o que carece de credibilidad social, nos da cierto aire de superioridad y permite con facilidad la mentira, aunque la mentira sea el pecado más fácil de cometer no hay consecuencia aparente; todo mundo miente. —

Los tarahumaras que venían al fondo se acercaron a la puerta porque su destino era el pueblo siguiente y en su timidez natural no gritan pidiendo su bajada. Se acercaron al chofer y le señalaron que bajarían, disminuyendo la velocidad hasta que fue posible que las puertas se abrieran para descender. Con la inmediatez que el último de los tarahumaras bajó su pie del escalón, el chofer cerró la puerta y reanudó su marcha ganando velocidad y con ello dejando una estela de humo negro en cada cambio de velocidad. Que se tuvieron que fumar los infortunados Rarámuris con alegría y fascinación.

Con cada jaloneo de los cambios de velocidad que el camión hacía, en mi asiento, cabeceaba obligado por la física del movimiento brusco. Lo que hizo aclarar un poco mis pensamientos, dando origen a una pregunta más para mi compañero de viaje, ahora que lo veía derrotado por descubrir su

mentira, buscaba tomar el control y vomitar todo mi ego con palabras, algo me exigía no hacerlo, no era lo correcto pero la sensación que me daba el ser un desconocido, me hacía sentir indestructible.

—Entonces, ¿la familia de Chumel lo abandonó por haberse tirado al vicio? ¿Es así como cayó en la desgracia? — hice la pregunta con un tono más firme, como si el poco tiempo que llevábamos en ese camión nos hubiera ya hecho amigos y me permitiera tal confianza. —Honestamente no lo sé, las lenguas dicen que así pasó. Le escuché a una señora en el mercado, después de regalarle unas naranjas, que al pobre le habían dejado, que se fueron al norte, los hijos mayores al otro lado, la esposa y un hijo en la frontera, de allá donde viene usted. Quieran las coincidencias de la vida que, en algún lugar de aquella ciudad, usted los haya topado y ni cuenta, ellos felices y éste pobre aquí pasándola. En esta vida todo es posible. ¿No cree? — No había ningún error en su lógica, pero si en su verdad. Por un momento me acecho la intención de decirle mi verdad para con ello hacerle saber una versión de la historia, una versión que no por distinta feliz, y, aun así, no sabía si redefinirían sus conceptos sobre el tema.

Como decía, dos o tres veces me vi tentado a descubrirme. No es que éste juego de mentiras tuviera en sí un significado trascendental, más bien era mi curiosidad de conocer una trama distinta, pero la historia que conocí por el vendedor no hacía justicia en nada a lo que yo guardaba.

En el silencio ensimismado al que me obligaba estar reflexionando, el vendedor encontró inquietud. —Veo que se ha quedado usted muy pensativo, espero y no haber incomodado con mi plática, es un viaje relativamente corto pero la charla es propia de las personas y no habríamos de quedarnos callados todo el trayecto, como le dije, fue solo por romper el hielo— Era la primera afirmación con honestidad que se había expresado, las personas hablan entre ellas de todo y en distintas formas, muchas cosas son mentiras, otras verdad, pero la mayoría, creo yo, lo hacemos por nutrir un vínculo de humanidad, si Dios nos ha dado el don de la inteligencia y con ella el lenguaje, porque desperdiciarlo en silencios aunque en ellos haya belleza. Los largos silencios entre las personas son cancerígenos si no se les alterna con la comunicación.

—Verá usted señor, durante su relato me he visto tentado a contribuir a su confesión con otra, esta confesión habré de señalarla al final si es que la obviedad no le delata antes. Primero quiero contarle otra historia, he comprendido en este breve tiempo que gusta de largas conversaciones. En la actualidad, la atención en charlas prolongadas es un tesoro que pocos poseen, la modernidad y la tecnología nos ha hecho breves, distantes y solitarios. Permítame pues, por lo que resta del viaje, amenizarle con esta historia. No le prometo que termine ni empiece como a usted le guste, pero le garantizo que la verdad se mueve entre ella más de una vez, en diferentes formas — Me acomodé en mi asiento para iniciar mi relato, notando la disposición del vendedor al hacer lo mismo y pensé culpablemente en la incongruencia de mi garantía de verdad y la mentira con la que mantenía mi anonimato...



ALMAS SUSPENDIDAS

Antonio Fernández Aparicio

Son las 4:45 AM, suena mi primer alarma al ritmo de; “The Blues Come Over Me” de “BB KING”. Esta me indica que debo ir despabilándome para ir a trabajar. Detengo la alarma, pero no me levanto, me quedo un rato recostado intentando abrir los ojos. Fallo y vuelvo a caer en un mundo de ensueños, es increíble lo rápido que logro dormir de nuevo. Aunque una vez más, ahí está “BB KING”, tocando su BLUES para despertarme.

4:50AM, es la hora en que suena mi segunda alarma para evitar que me quede dormido definitivamente. Esta vez, consigo alejar el sueño, y me quedo un momento pensando en el miedo que me da el salir de casa, casi le suplico al destino que no me castigue y me haga encontrarme con alguna “alma suspendida”. Pues toda la ciudad está llena de ellas por todas partes y cada que me topo con una o unas logran ponerme realmente mal.

Casi son las 5:00AM y tengo que meterme a bañar a toda prisa para no llegar tarde al trabajo. Salgo de la regadera, me seco y visto rápido, luego regreso al baño para cepillarme los dientes y prácticamente estoy listo. Solo falta que tome mi mochila, mi ipod y mis audífonos, para seleccionar la playlist que iré escuchando en el camino. Es una difícil decisión, así que; al final me decido por darle play al disco de Morrison Hotel de The Doors. El cual pienso poder escuchar completo hasta llegar a la maquiladora.

Salgo de mi cuarto, recorro la sala y la cocina, justo estoy en la puerta para

salir hacia la calle y otra vez los nervios y el miedo se apoderan de mi cuerpo. Sé que no tengo más opción que salir, deslizo la llave en la cerradura para abrir la puerta, solo encuentro soledad afuera, me volteo para volver a cerrar con la llave y me hecho a los dos hombros mi mochila. La mañana aún está bastante oscura, incluso puedo ver la luna que está en cuarto creciente. La contemplo unos segundos y me pongo en marcha. Son solo cinco cuadras desde mi casa a la parada del camión. A pesar de que es época de calor, la mañana está un poco fresca, no para llevar un suéter o una chamarra ligera, solo lo suficiente para caminar a gusto, si es que se puede caminar de esa forma en estos días en Ciudad Juárez.

La violencia en la ciudad, cada día aumenta más, se cometen todo tipo de crímenes, hasta han llegado atacar las diferentes estaciones de policía, y nuestro heroico cuerpo policiaco no tuvo una mejor solución que atrincherarse y cerrar las calles aledañas de las delegaciones judiciales. Parece chiste, pero esa es la realidad que nos toca vivir día a día.

Mucha gente vive con el miedo de que los asalten, que los secuestren o que acaben en medio de un tiroteo entre bandas delictivas, y aquí me encuentro yo, temiendo más a esas almas en pena que rondan por doquier, que a cualquier maleante que me pudiera topar en el camino.

Afortunadamente en las tres cuadras que he recorrido no me he encontrado con ninguna. La calle, cosa rara, está vacía ni siquiera he visto algún carro andando o por lo menos ver que alguien lo esté echando a andar. Somos solo la luna, la oscura mañana y yo por las calles.

Al llegar a la avenida donde tomo el camión, ahora si ya se ve que la ciudad está en movimiento, pues por la Miguel Hidalgo pasan varias rutas. Pasa; la oriente-poniente que es de un color verde limón, la poniente-sur que es azul cielo, la 2L Lázaro que es de color verde soldado y la ruta 10 de color guinda, que es la única en la que no me he subido nunca y desconozco a donde pueda llevar.

Para llegar a mi trabajo puedo tomar la oriente- poniente, y me deja afuera de la maquila, que está ubicada enfrente del Wendy's de San Lorenzo, lo malo es que siempre viene llena y pasa menos veces. También puedo agarrar la poniente-sur, pero esa me deja en la Paseo Triunfo de la Republica y debo caminar un buen atravesando el templo de San Lencho. La ventaja es que esta pasa como cada 5 minutos y nunca va tan abarrotada. Parece que este día tengo suerte, ya que al llegar a la esquina viene la oriente-poniente y no viene hasta el tope y logro conseguir un asiento al subirme.

Esta ruta tiene la particularidad de que al parecer siempre va tarde, y va a máxima velocidad, sin importarle los tránsitos u otros conductores. Y para cuando pasamos la catedral, se termina justo la cuarta canción del disco que es peace frog. Es justo en la transición a la quinta canción que puedo escuchar que el chofer, va escuchando a todo volumen, una estación cristiana del AM. Agradezco traer mis audífonos, porque en ocasiones los olvido, y a veces el chofer va escuchando por lo menos cumbias o música ranchera de la viejita, y no la porquería de música de hoy en día.

Cuando llegamos a la parada en la Velarde, aquí si se llena la ruta hasta mas no poder, no cabe un alma más, pero el chofer sigue gritando; recórranse para atrás, atrás está solo, pásenle para atrás, atrás está solo. Unos cuantos le contestan que ya estamos al tope, que ya no se pueden mover, pero al chofer le importa poco lo que le digan, y sube más gente hasta que hay personas en los escalones pegados de cara con la puerta. Por lo menos tiene la decencia de decirles; ¡ahí va la puerta! y la cierra convirtiendo la ruta en un auto sardina. Es entonces cuando volvemos a ponernos en movimiento.

Voy sentado casi al final de la ruta, en el asiento junto a la ventana para poder ir viendo el paisaje de la ciudad y saber si ya voy a llegar a mi destino, porque dos veces me pasé de mi bajada y tuve que regresarme en otra ruta de regreso. Además, no me gusta ir viendo a la gente que va a mi alrededor, ya sé que son puros maquilocos como yo así que no me quiero meter con ellos. Solo doy una hojeada por así decirlo y me regreso a recargarme en la ventana.

El miedo regresa una vez más a mí, no quiero mirar una de esas “almas suspendidas” vagando por las calles. Decido que es mejor cerrar los ojos para no verlas y me entrego de lleno al suave blues de The Spy de los DOORS.

Para cuando vuelvo a abrir los ojos, vamos llegando al hotel María Bonita, lo cual me indica que ya pronto llegare a mi destino. Consulto mi teléfono para ver la hora, son las 5:55 AM, llegare justo a tiempo o unos cuantos minutos tarde, pero no los suficientes para que me regresen. En cuanto pasamos la maquila de APTIV, pido la bajada, pero como siempre al chofer le importa mas pasar el semáforo que está en el wendy's, y me baja justo en la esquina de la casa de empeño “la casa del pueblo” que está en contra esquina del templo de San Lorenzo. Ahora por culpa del chofer tendré que correr para no llegar muy tarde y peor aún, puede que me tope con un “alma suspendida”, una de las tantas que andan en la plaza San Lorenzo.

En cuanto me bajo del camión, salgo a toda prisa de regreso a la maquila donde trabajo, ni siquiera volteo a la plaza, no quiero empezar el día laboral lleno de pensamientos raros. Al final logro entrar al trabajo a las 6:10AM y llego al checador para marcar la entrada a las 6:12AM, poco antes de checar le disco de The Doors se ha terminado o sea que hice 37 minutos en llegar. Afortunadamente mi jefe; Pancho -es un hombre algo grande, pero no lo suficiente para llamarlo viejo- no me regaña, le digo; buenos días, me regresa el saludo y me siento en mi estación de trabajo.

Mi trabajo consiste en soldar tablilla electrónica. El modelo de mi línea se utiliza en sistemas de puertas con seguridad electrónica. me encuentro en la primera estación, soy el responsable de pasar material para que la línea este fluyendo. Tengo que conseguir la meta de 100 tablillas por hora, pero justo hoy se me acerca Panchito para decirme de la forma más sutil posible – él siempre te dice todo despreocupadamente como si no fuera importante y con un tono de voz muy suave-

Toñito: ¿crees que puedas sacar 130 piezas por hora? Es que esta semana nos aumentó la producción, pero no quieren que metamos tiempo extra. A lo que

le contesto; ya son muchas 130 piezas Pancho, no sé si las voy a poder sacar. Él una vez más con su tono despreocupado me dice; ¡yo sé que si puedes! No sé si en verdad cree eso o solo quiere convencerme para que le diga que sí. Total, que al final logro negociar que sean 120 piezas por hora. Para mi asombro cuando debo llenar mi reporte a las 7:00AM conseguí hacer 133 piezas, al final Panchito se salió con la suya.

Ahora es cuestión de poder aguantar así el ritmo las 8 horas laborales. Para poder concentrarme mejor, me pongo mis audífonos, y esta vez selecciono la playlist "BLUES" pulso la tecla de aleatorio para que la música suene y me aparte de la cruda realidad.

El día se me va muy rápido – lo atribuyo a estar trabajando más rápido que de costumbre- y cuando menos lo pienso ya se llegó la hora de salir. Antes de las 3:30PM todo el personal corre al checador, para cuando recojo mis cosas ya existe una fila enorme. Me recargo en un pilar esperando a que la última persona marque su salida, no tiene ningún caso que me forme. Cuando checa el último maquinero, es entonces que me dirijo al checador, pongo mi dedo anular para que escanee mi huella digital, esta vez la admite al cuarto intento, 3:42PM es la hora de salida que indica.

En lo que atravieso el patio hacia la salida, enciendo un cigarrillo, un Camel pequeño, para que se termine justo al llegar a la iglesia de San Lorenzo que es donde tomare la ruta de regreso a mi casa. El cigarro me ayuda a calmar un poco los nervios, dado que en frente del templo se reúnen siempre varias almas suspendidas. En lo que voy llegando puedo observar a 3 de ellas, una está en una banca recostada, está completamente vestida de negro, pero tiene la cara cubierta con lo que parece ser un sombrero, o lo fue hace tiempo más bien. La otra anda caminando de un lado a otro rodeando la fuente, se le ve muy agitada, algo está gritando, pero como tengo los audífonos puestos no sé lo que dice y tampoco quiero averiguarlo. La última alma, parece la más perturbada, trae un saco de papas colgado en el hombro izquierdo, lleno de sepa que tantas cosas que recoge o que se roba. Viste con un pantalón café,

unos huaraches y tiene el torso descubierto. Esta espantando a las palomas que se reúnen alrededor de la fuente para beber agua. En su mirada se puede notar una rabia descomunal, de su boca, sale espuma blanca y babea demasiado, usa su brazo derecho para atrapar alguna ave, si lo logra estoy seguro que la destrozaría de una mordida. De vez en cuando intenta patearlas, sin embargo; las palomas son más rápidas y logran esquivar todos los ataques furiosos de esta alma suspendida rabiosa.



NIMIO

Jazmín Paola Terrazas Ramírez

Sé exactamente cómo comenzó, el día que esa sombra se postró sobre mí por primera vez, fue ese momento en mi recámara, recargada sobre la puerta empujando con todas mis fuerzas para que no fuera abierta por ti, te dije que estaba bien, tragándome el odio, temblando de desesperación, a cambio, corrieron lágrimas sobre mi rostro cada una que corría me dolía más que la anterior, hicieron un sendero en mi rostro marcándolo, dejando heridas vivas, mi pecho se quedaba quieto, mis piernas no soportaron, me dejaron caer y ahí apareció se mostró majestuosa podía verme en sus ojos, me mostró un mundo diferente un mundo quieto su oscuridad entró a través de mis heridas y las calmó a través de un suspiro, entro en mí, me hizo dormir, pero no me advirtió que jamás volvería a despertar.

Cómo explicar este trastorno, después de todo es mi vida de la que estamos hablando, las burlas constantes de las personas, las miradas desviadas, el susurro detrás de mí, creen que no las escucho, las escucho fuerte y claro.

Despertarse en las mañanas suele ser lo más difícil de mis días, tratar de vivir el día es aún peor, esta oscuridad que llevo cargando por años parece que no querer irse y me tiene cautiva en un sin fin de pesadillas, me ha convertido en un parásito inerte y soso.

Todo pasa en el transcurso del día, mientras hago lo que me corresponde en mi rutina diaria, despertar, comida, escuela, sobre mí, una sombra que me cubre, estoy presente y a la vez escondida de las personas que están a mi

alrededor soy como esa fruta que está pudriéndose, que nadie toca, nadie quiere porque está podrida pero que está ahí, existente, repugnante.

Estar dentro de esta oscuridad no es sencillo para nadie, menos para una madre, no es permitido, hay mucho por hacer y poco tiempo no puedes hacer que las demás personas lo noten hay demasiada gente juzgando, viendo, hablando, suficiente presión. Hay felicidad en las calles, pero no es para ti, no la mereces, no has trabajado duro para obtener algo tan preciado y que pocos poseen.

- ¿Qué si quiero salir de esto? Claro que quiero, pero mi mente se nubla al querer intentarlo, se llena de miedos, angustia, me falta el aire y el poco que tengo se escapa, ese sentimiento de impotencia que recorre mi cuerpo a diario está conmigo, el tiempo se escapa y no puedo detenerlo, es una lucha constante entre mi cordura y mi locura, querer vivir y morir al mismo tiempo, varias veces en el transcurso del día me pregunto a mí misma ¿Por qué es que me afecta tanto todo? ¿Cómo pude dejar que me afectara tanto todo? ¿Qué puedo hacer? La respuesta no sé si realmente la sé o simplemente no quiero aceptarla.

Amanece, no tengo ni idea de qué día es, que hora, no quiero ver el sol, tengo que hacerlo, quiero detener el tiempo mientras corro lejos y dejo todo atrás, pero no puedo, algo me ataca por la espalda como cuchillas que se clavan en mí y me obligan a volver y a rendirme cayendo de rodillas, estoy sobre ese charco de sangre que emana de mi cuerpo sobre el que estoy postrada, trato de levantarme, pero el peso de una gran roca cae sobre mí me hace desfallecer, la oscuridad lo disfruta puedo sentirlo.

Mi pensamiento es desaparecer de este mundo a diario, no ver a nadie, no hablar con nadie, cierro mis ojos y me imagino en solitario todos los lugares y formas posibles donde pueda perecer, los veo en mi cabeza, se siente que esta sea la mejor salida, es la mejor opción, soy débil, soy fuerte, soy, pero al abrir mis ojos mi corazón se estremece, azoto en mi realidad, no he muerto aún, que egoísta.

- ¿Quién sabe de esto? Nadie, todos piensan que me rendí ante la vida, pero no es así, lucho a diario a cada minuto solo que mi contrincante no lo ve nadie más que yo, fingir es fácil, una sonrisa, una carcajada, cariño, tristeza, llanto, las emociones salen solas sin necesidad de sentir las, es agotador.

- ¿Sentimientos? Tengo un corazón latiente y tibio, existente por necesidad que está roto en pedazos muy pequeños tantos que no puedes unirlos, las grietas que tiene dejan escapar todos los sentimientos que pudieron haber existido en algún tiempo muy dentro de él además hace tiempo dejé de sentirlos, para mí ya no existen, reír, llorar, enojarse simplemente no están, me convertí en un bulto andante, en una nada, un costal de tierra inmóvil, inerte, recostado sobre una cama.

- ¿Cómo se siente? No tener sentimientos, es como leer un poema de amor y que tu corazón no lata al ritmo de las palabras, escuchar música y no apreciar la melodía, es subsistir en una historia interminable de terror, pero este dolor es tan real, estás en esa pesadilla y no puedes huir de ella.

- ¿Pesadillas? Están ahí todas mis noches sin falta, esa sombra que aparece de la nada formándose entre la negrura de la noche viene y me acorrala, apretando fuertemente mi garganta, quiero gritar, pero lo ahogo, es noche, mis hijos duermen. Me siento sobre la cama, la sombra sigue ahí, me muestra interminables e inciertos futuros, angustia, odio y resentimientos son los protagonistas, viendo mi vida a través de sus ojos estando despierta al filo de la cama, como si me poseyera, absorbiendo la poca energía que logro cargar, llevándose lo que me queda de alma.

No me deja dormir, me deja temblando, sus pensamientos que ahora son los míos serán parte de mí durante todo el día, durante toda la vida, no me va a dejar vivir, tampoco morir, no entiendo que es lo que quiere, es desesperante.

- ¿Hace cuánto que siente esto? ¿Tiempo? No lo sé, estos momentos que he estado haciendo introspección creo que toda mi vida me he sentido así no tengo recuerdos memorables, me aferraba a algunos que ni siquiera eran míos

eran parte de mis fantasías de mis sueños despierta.

Soñar despierta es lo que me mantiene con vida, en mis realidades he hecho todo, bueno y no tan bueno, descargo mi ira, odio, mi felicidad momentánea en tres minutos de fantasía y después todo vuelve a su lugar, abro los ojos, sigo aquí, mierda.

El problema de esto, es que a veces no distingo mi ilusión de mi realidad creo que después de todo este tiempo solo me dejo llevar, las pesadillas vívidas son más fuertes y cada vez hay menos ilusiones felices, debería de dejar de intentar de buscar una felicidad, al fin y al cabo, si llega no seré capaz de sentirla.

El dolor que cargo en mi espalda, todos los rencores, todas las traiciones, todo lo falso que existe en mi vida, el llanto ardiente sobre mis mejillas que a diario supuran, la oscuridad, que susurrante a mis oídos me dice no debiste haber indagado en tus recuerdos, tantos años suprimiéndolos creí que lo mejor era hacerles frente, pero eran demasiados terminaron por derribarme, realmente no estaba lista, abrí mi caja de Pandora, desaté mi infierno, las oscuridad ya estaba lista, yo la había creado.

Sé de donde puede venir, las caídas que una a una han hecho de mí un ser fuerte ante las adversidades, pero muy frágil en la mente, quien me ve por fuera cree que tengo un sentido de lucha extraordinario, un optimismo memorable, un valor y fortaleza innato, pero por dentro, no soy más que un cachorro abandonado y asustado, necesitado de afecto.

Cuantos miedos hay fundidos en mí que no puedo verlos, ellos mismos me ciegan en su realidad me arrastran a su infinito círculo dantesco donde no hay salida, donde las pesadillas jamás concluirán, donde mi oscuridad será visible y cubrirá a otros cuantos que como yo intentan luchar contra ella, aunque sabemos muy bien que no habrá victoria, aun así, seré testaruda ante ella, pelearé y caeré.



CERESOS EN FLOR

Diego Murcia

Hoy por fin le compramos el televisor a mi compadre que vive y trabaja en la cárcel. Hace un rato me depositó el dinero en la tarjeta y me dio un poco más dizque por las molestias de ir por él hasta el Chuco. ¡Ah, qué pinche compadre!

Es uno de esos aparatos con el que podés comprar suscripciones a canales streaming. Pantalla de 100 pulgadas, con 4K, touchcrin y no sé cuánta mamada más. En fin, sus gustos. Dice que desde que abrió la bodeguita no ha tenido tiempo para poder matar las neuronas y poder olvidarse un poco de las labores cotidianas que le aquejan.

Su esposa ha quedado de llevarle su aparato este fin de semana, durante la visita familiar. Ayer por la tarde pudimos platicar un poco mediante videollamada. Se le ve muy bien.

Tal vez un poco desganado. Pero dice que está comiendo bien... cuando puede. Que no le falta el ejercicio ni el entretenimiento. La verdad es que no sé de dónde saca energías. Siempre está inventando cómo hacer dinero. Es un emprendedor nato. Ve el oro donde nadie se lo imagina. Por ejemplo, un día, mientras estaba en el patio del gimnasio pensó que sería buena idea abrir una cuenta en una de esas redes sociales donde la gente paga por ver contenido para adultos. Al poco tiempo, seis de sus roomies ya estaban subiendo material, fotos íntimas y videos, en el que aparecen teniendo encuentros sexuales, y generando dinero. Los usuarios tienen acceso a esto pagando una suscripción de 6 dólares

mensuales o una anualidad de 61.10dólares. Por temporada de Semana Santa, ofrecieron descuentos a sus suscriptores en la cuenta de @ceresosenflor, desde la que venden sus 'packs' o pases virtuales para videollamadas privadas. Para recibir este contenido, los interesados primero deben pagar en las cuentas bancarias que aparecen en los perfiles personales de los roomies. De hecho, sí realizás el pago durante esta transmisión, podés pedir que hagan cosas mientras observas que tu dinero está bien invertido, me dijo mi compadre la última vez que hablamos y me explicaba como iba el negocio.

Las malas lenguas dicen que mi compadre está encaminado a ser uno de los hombres más ricos de la región. El otro día llegó a visitarlo una de estas revistas de negocios, dizque para hablar de sus métodos de emprendedurismo. No sé, la comadre no habla mucho de esto. Aunque sí se queja de las envidiosas de las vecinas. En especial, de la mujer del ingeniero, que siempre que puede le presume que ha ido de vacaciones a Cancún, en su dichoso tiempo compartido.

“A mí no me enseñaron a ser así, compadre, una no presume porque no quiere. Usted sabe que tenemos el ranchito en Mazatlán, el penthouse en Las Vegas, y la residencia en Vancouver... pero no me ve que se lo ando sacando en cara a la vieja”, me dice mi suegra cada vez que puede y quiere sacarle la garra a la vecina. “Se cree mucho porque uno viene de abajo, ha tenido que luchar, se ha criado en el barrio...”

Claro, como ellos la han tenido fácil”, se descose ella. Y si no fuera porque mi mujer le tiene bien medido el modo, yo no sabría cómo quitármela de encima. En cuanto ve que me estoy hostigando, me la quita de encima y se la lleva a ver Survivor.

Y pensar que todo comenzó con una visita en casa: “Descubre la felicidad de vivir en los Ceresos. Con nosotros florecerás sin las limitaciones del mundo exterior”.

Así, con esa frase, impresa en el brochure que los hombres del banco le dieron a mi compadre 24 horas antes de que lo detuvieran. Luego, luego me habló para contarme: “Me juraron que mi integridad estaba asegurada, mi Charlie. Me lo explicaron con estas palabras: si llegáramos a estar en una situación en la que este desierto tuviésemos una crisis de escasez de Coca Colas, usted se tomaría la última... siempre y cuando sigamos conservando el monopolio en nuestras manos”. “¿Y usted qué les dijo, compadre?”, le pregunté todo mosqueado. “¡Qué cuanto costaba la membresía!”, me dijo a carcajadas. En ese instante supe que lo del banco había sido cierto. ¡Ah, qué pinche compadre!



AMALIA

Ericka García Orduño

Simplemente un día Amalia se cansó, 10 años vendiendo casas se volvieron monótonos, al principio fue bueno, después se tornó rutinario, la mataba la rutina, y ella desconfiaba de lo básico, lo regular, lo monótono, se sentía atrapada en un círculo, entonces pensó en huir, cambiar de casa, trabajo, vida, y recordó sentada al pie de su cama con un poco de helado de nuez en un pequeño y lujoso tazón de cristal, que no tenía dinero para todo eso, fue entonces cuando lo soltó, desbordando en llanto no podía identificar si era tristeza, frustración, enojo, tal vez todo junto y así continuo 10 años más, ¿Qué otra cosa podría hacer? Su tiempo límite había llegado.

Aburrida, cansada, monótona, vieja, tomó su mejor bolso, el Prada que era su favorito, los tacones más lindos, unos stiletos negros fabulosos con apliques dorados que cuidaba casi con su vida, el más elegante de sus abrigos, de lana ligera, sus mejores accesorios y se arregló el cabello, retoco sus uñas entro al garaje y subió a su lujoso auto, salió a conducir en carretera sin nada más que silencio en el auto.

Con cientos o miles de pensamientos, recuerdos y sueños viejos, todos juntos, pasando como en una sinfonía por su cabeza, casi podía palparlos con sus manos, parecieran danzar frente a sus ojos, entonces se sintió rica, la más plena del mundo, pisó el acelerador con fuerza y cerrando los ojos, tratando de inmortalizar el momento, la sensación, el pensamiento como en una esfera de cristal, por fin pudo ser libre.



HORTENSIA

Rodrigo Cotera Rascón

Cuatro días había la unión de vecinos detenido el avance de los Otros del otro lado de la rugosa pared de block donde Hortensia se recargaba para descansar. Del otro lado se alzaba la putrefacción de carne de las dos razas que hasta hace unas horas se peleaban la sobrevivencia. Las máscaras de gas hechas para el virus, protegían contra el hedor un poco pero todavía sentía el picante en las narices, como un organismo queriendo pasar a compartirte su muerte.

Al principio en los tiempos de respiro las máscaras se quitaban para que el oxígeno se mezclara con el sudor y la sangre. Desde hace unos días ya no podían quitárselas.

Si alguien pudiera hablar, de seguro la palabra nauseabundo estaría en la boca de muchos, si la quisieran abrir. Hortensia y los Caballeros de Colón comandando otros lados de las barricadas comprendían que realmente no sabían que había del otro lado de la pared. El silencio del odio infundado era su defensa.

Ella observaba a los ojos a los vecinos de varios fraccionamientos viéndola buscando esperanza y sosteniendo sus armas en las dos manos. Posterior a todas las tribulaciones se convencieron de la amenaza, después de haber matado a sus propios familiares para que no se convirtieran, se convencieron.

El plan no está completo. - Pensaba Hortensia. - Ahora solo el coraje nos queda. -

Uno de sus arqueros más jóvenes, un huérfano de esta guerra, corrió a vomitar hacia las líneas traseras, donde no se escuche.

Mis huérfanos, no deben haber más. - Reflexiona ella al verlo correr hacia las letrinas.

Estira sus dos dedos protegidos con guantes cota de malla hacia una esquina donde un vigía levanto una mirilla que dobla en la pared en un ángulo recto.

El vigía levantó la mano en puño cerrado, estiró cuatro dedos y apuntó hacia la derecha.

Hortensia cerró su mano derecha alrededor de su mazo, apuntó con el índice de la izquierda hacia la catapulta para que se cargara y los arqueros tomaron sus filas desalineadas.

El cura Miguel se levanta de una piedra, con movimientos seguros y agitados levanta a los vecinos. - No sería el fin en su turno -

Focos rojos se encienden en el fraccionamiento marcando silencio. Están aquí.

###

- Clic - Apaga Hortensia la proyección del video en el parque. El cura del señor de la misericordia le paso el video ayer domingo filmado en África por gente del vaticano. Un silencio espeso no dejaba que el comité de vecinos del fraccionamiento juarense opinara envueltos en aquella penumbra. Se escuchaba solo el viento moviendo las hojas, así como una sirena lejana, como previniendo el futuro.

- Esto es lo que está pasando en algunas partes del mundo y eventualmente puede venir hacia acá vecinos - explicó en tono urgente Hortensia Riquelme, presidenta del comité, parada a un lado de la pantalla arropada del frio otoñal en una capa carmesí. - Estamos en el momento de seguir las indicaciones

eclesiásticas y construir-

- Debemos de amar al próximo Hortensia, ¿no? – Comentó Raquel Hernández con una mirada hacia los vecinos. - Quien nos dice que este Cura no es un loco? Ya se pueden hacer muchas cosas con los videos, editarlos, que se yo, Fotoshopear o algo así-

- Mi amor, no nos metamos con religiones – Exclama Jeremías Soto, esposo de Raquel. - Este punto de Hortensia es muy importante. - Observa a Hortensia y su esposo Gabriel con una sonrisa. – Debemos de llevar esto, a revisar, observar y platicar con nuestros vecinos y familias. - Explica Jeremías observando ahora a todos los vecinos. - Cuco, compártelo con tus compas, ¿a ver qué opinan? -

Hortensia vuelve a respirar hondo y se posiciona al frente de los vecinos. – Tal vez una junta general de vecinos. Que vengan los Jóvenes, Hijo, ¿puedes invitar a tus amigos como sugiere Jeremías? - Hortensia se estira y vuelve a sentarse ya más cómoda en su liderazgo. – Muy bien comité, tenemos un plan, junta general el sábado a las siete. - Con el ascenso de todos los secretarios apunta en la minuta.

- Como último comentario vecinos, recuerden que falta pintar las banquetas de amarillo y cortar el césped de los parques, no hay mucho dinero en tesorería.

- Comentó el secretario Jeremías.

- Prioridades vecino – responde Hortensia con una pequeña mueca.

- Claro que si Horte, claro que sí. –

Hortensia sostiene su teléfono en la mano izquierda con fuerza como si no lo sostuviera lo arrojara a su destrucción. - ¿Cómo le hago Gabo? Con esta vieja. El esposo de Hortensia sobre su mesa de siempre arreglando un aparato hecho pedazos. Él cómo siempre en silencio no dice nada, solo menea la cabeza de un lado a otro. No sabe qué hacer, él sería feliz con sus aparatos, pero está convencido de la misión de su esposa.

- Que paso Mami, ¿Que llegó en el teléfono? - Le comenta Cuco desde el sofá

donde ejercitaba con unas pesas.

Hortensia le pasa su celular a Cuco para que revise el tweet enviado por la vecina más pegada a los oídos del vecindario.

- Pinche vieja, porque no se espera a la junta de vecinos el sábado, lo quiere legislar desde fuera y desde antes. Pinche vieja - Exclama Cuco levantando una pesa cargada en su mano derecha.

- Tranquilo Mijo tenemos dos días para la junta de vecinos. –

- ¿Y Jeremías? - Dice Gabo, rompiendo su silencio.

- El sigue neutral, pero enfocado en botes de basura, pintura y césped. Pendejadas, Congo ya no puede contener a las comunidades, Angola y Zambia ya no tienen gobierno central y nosotros con paredes que se están cayendo solas. – Comenta Hortensia preocupada.

#

Caminando por el fraccionamiento con Cuco, Hortensia al encontrarse a los vecinos podía ver miradas de seguirla o no creerle. Pocos la afrontaban uno a uno, pero las redes sociales vibraban con una opinión o la otra. El Obispado apoyaba con sus comunicaciones, pero esas solo las revisaban los creyentes y en estas épocas ya no eran muchos...



HETIC

Fátima Valiz

NOCHE - CE

Son las once y sereno en El Mezquite, la tímida neblina y el aullar inarmónico de los perros acompañan la noche, hasta que un sonido de cascos cansados y flagelados la sacuden...

— ¡Ahí estás maldito indio! ¡Ni a pata rajada te nos escapas hoy!

Doy múltiples soplidos agitados, y entre visiones borrosas los callejones empedrados me cierran el paso; de pronto un golpe absorto sobre mi cuerpo inmediato al tronar de una rama.

— ¡Juan! ¡¿Pos' qué trais?! —Me despierta la voz de Matilde, acurrucado entre sus finos brazos y la frescura de su bata de manta, me conduzco de nuevo a la tranquilidad.

NOCHE - OME

El sueño vuelve a mí. Mismo sitio, réplica de sentires en mi cuerpo, exactos sonidos, desde el más grave al agudo, ambos lacerantes..., jadeos agobiantes.

— ¿Qué creías?, ¿qué no íbamos a encontrar? No, si tu compadre no aguanto ni una chinguita. El muy soplón ya nos confirmó que eres el gallito que nos anda ventilando. ¡Muy zapatista, cabrón! ¡Sal de tu puta madriguera!

Fuetazos sobre las paredes absorben sus voces, y los cascos reprendidos se aproximan junto a sus toscas carretas. El escondite: la ex cantina abandonada del

finado Don Eleuterio, que en gloria este. Entro por una de sus puertas vencida por el tiempo y por los constantes jaloneos de agresión y resistencia. Aún se perciben las marcas de uñas de las desdichadas mujeres del pueblo, aferradas a su madera mientras son metidas a la fuerza por los turbios militares. Este nocturno no resguarda sus féminas súplicas, hoy sirve de escaparate. Cuatro relinchos anuncian el posible fin de las escondidillas.

— Malaya es tu suerte, indio de porquería. —Dice uno de ellos, con la amenazante caída de las espuelas en cada uno de sus pasos. Aturden como un cuentagotas creciente, el espacio se torna opaco, y vuelve: el tronar de la rama seca y el peso que me absorbe.

— ¡Juan, Juan! ¡Despierta! —Mi Matilde rescata otra vez al miserable y a mí de la pesadilla. — Bebe, Juan. Un tecito de tila, a ver si con esto duermes bien esta noche. —Por agradecimiento, lo tomo todo, pero ni siquiera el más grande tributo a Xoaltentli me libraré.

NOCHE - YEI

Una noche más en mi delirio. Después de sorber el último trago de bupu con cocol, Matilde me dijo algo que me dejó pasmado...

— Andan diciendo que mañana llega el feudal de San Catarino el Grande. Ahora sí nos van a quitar las tierras, Juan.

— No, mi prietita linda, no voy a permitir que nos arrebaten lo que hemos trabajado. Este techo, estos campos, son suyos y de mis proles, y naiden nos los va quitar, se lo juro por mis ancestros. —Le contesté.

NOCHE - NAHUI

Continuar la tercera parte del sueño donde atrapan y cuelgan al hombre. Cae su mirada y ve la calle, calle donde pasó un día antes del primer sueño, hacer que el ahorcado sea él mismo avisándole en sueño para que evite su muerte.



EL CAMINO DEL FORASTERO

Cristina De La Torre

Capítulo 1

Un tarro muy particular

Un plácido día, en charla con mi padre y recordando fragmentos de su Juventud, pregunte si extrañaba ir a su pueblo natal, Jiménez, Chihuahua, una pequeña región al sur del estado de Chihuahua, dedicada principalmente a la agricultura y producción de la nuez, ¡A lo que el exclamo que por el momento no tiene nada que hacer!, ya que la mayoría de sus amistades y familiares ya no habitaban allí. La conversación giró en torno de un antiguo tarro alemán, que desde niña, tuve curiosidad acerca de quién fue el dueño y como fue a parar en manos de mi padre, el momento fue perfecto para preguntar a quién pertenecía, lo cual contesto ¡fue de mi padrino Hans, era alemán y estuvo casado con mi mamá Cris!; siempre he sabido del amor maternal tan intenso que tuvo mi padre hacia su mama Cris, no tenía ningún parentesco sanguíneo; sin embargo, fungió una parte importante en su vida; nunca me hablo de su padrino, lo cual para mí fue algo extraño, viniendo de mi padre; aprovechando esa tarde y admirando la belleza artesanal que tenía en mis manos, un tarro de cerámica con dibujos ornamentales plasmados de la cultura alemana, que reflejaba parte de sus tradiciones y más por la elaboración de cerveza; mi padre exclamo que su padrino siempre fue muy tranquilo, bastante reservado y que jamás conto de su vida en Alemania, antes de considerarse mexicano; sin embargo, exclamo:

tu abuelita Chatita conversaba mucho con él, así como tu abuelito Alfredo. Mi abuelo fue un doctor en Jiménez, que era bastante conocido en el pueblo, un hombre culto, escritor, gran lector de libros, tal como su gran biblioteca lo caracterizaba y que aún tenemos referencia de ello, otra de sus grandes pasiones era coleccionar estampillas postales de diversos lugares del mundo, ya que era muy común para él, frecuentar amistades de distintas regiones por medio de correo; entre las estampillas, que se encontraron hace tiempo fue una de 1943 de la Ciudad de Colonia, Alemania; mi padre recuerda mucho esa estampilla, sin embargo perdimos las pistas de tan grandiosa figura.

Capítulo 2

Hans así era el nombre del padrino de mi padre, el cual lo bautizo en el año de 1959, no tenemos la fecha exacta, era un hombre católico, reservado, y se dedicaba a cuidar su tienda de abarrotes que tenía en el pueblo, era amable y noble; sin embargo, nunca se le recuerda haber hablado de su vida pasada en Alemania, lo poco que se sabe en específico es que llego a esta ciudad de Chihuahua un tanto desconocida, fue en el año de 1945, se estableció y compro una casa en la calzada o avenida principal del pueblo y se estableció allí, empezó su negocio y se sabía que era un hombre culto y conocedor de artefactos antiguos; entre sus pertenencias, tenía una hermosa vajilla, maletines y un sinfín de artículos. La gente de pueblo es muy dada a saludarse y conocerse todos entre sí, lo cual no era raro que hablaban acerca de la llegada del extraño forastero y más siendo extranjero. Se escuchaban rumores y sobre todos exclamaciones, acerca del origen del enigmático personaje, uno de ellos; que había sido un desertor nazi, otros que era un tipo espía soviético, se decían un sinfín de rumores, pero ninguno comprobado; el poco a poco, hizo amistad con la gente del pueblo, ya que entre sus cualidades era ser amable y ayudar a los demás, eso ayudo y motivo a que la gente lo acogiera como parte del pueblo, era un devoto católico y se involucraba con las labores del pueblo, eso sumo fuerza a que los rumores poco a poco fuera un eco nada más.

Las cartas que guardaba tan celosamente mi abuelo, dieron a manos de mi

abuela; lamentablemente, el falleció en 1965, sin embargo, con el pasar de los años, fueron heredadas a mi padre, un buen día, acepto leer el contenido con la postal de Alemania, tenía datos algo confusos, pero el recuerda claramente, que mi abuelo, conoció a su padrino en una visita en la ciudad de México, donde estudiaba su carrera, la relación es algo confusa, de como se pudo dar la amistad; sin embargo, la extensa carta tenía todo tipo de signos, letras, era algo más extraño para él, ya que estaba escrita partes en español, inglés y unas en alemán; las partes en español contenían partes de una letra de una canción que es alemana, pero con traducción al español, la canción se llamaba “Lili Marleen”, hablaba de esperanza, paz y tonos que eran utilizados en la época marcada por la carta de 1943, estaba en su auge la segunda guerra mundial, y se conoce que esa canción era sumamente popular durante la guerra, utilizada como icono para muchos soldados, lo que más fascinante es que como se puede relacionar dicha melodía con la presencia de Hans.



TRES LÁGRIMAS

Eder Germán Camarena Montoya

“Cierro los ojos y respiro profundo (se hace) ... se activa mi cerebro y retumba mi pecho (se hace la percusión con una cubeta o bote de plástico, simulando el latido del corazón) ... y al no poder más, mis ojos se exaltan manifestándose con tres lágrimas que simbolizan: el recuerdo, la vivencia y lo que será...”

Las tres lágrimas simbólicas, creación poético-filosófica a raíz de un profundo dolor. 21/mayo/2020

Su mirada casi perdida con ciertos ánimos de estar, con una mínima pizca de ser y nula capacidad de hacer, pero en su corazón un leve pero potente latir y al final, solo eso tener: su corazón latiendo cada vez menos para luego simplemente dejar de existir, dejar de ser, dejar de vivir por su cuerpo inerte y su mirada ida, su mirada vacía...

Escucho su ladrar, entiendo su comunicación, siento sus deseos de salir a mear y “popiar” (hacer popó) en cada árbol que veía eufórico con la lengua de fuera para luego echarle tierra a los lados, menos a donde hizo pipí o popó...

Veo su anhelo de no hacer caso y salirse corriendo con los pelillos parados en su lomo, sonriendo al mostrar su lengua y dientes, armonizando sus cuatro patas y cola para luego y al momento generar una mirada penetrante hacia otros canes, es decir, haciéndole al “bule” con otros canes.

Esa misma lengua ahora es testigo de una facción totalmente contraria a aquella sonrisa, es el efecto de la primera inyección.

Siento esa satisfacción: cuando ya hacía caso; cuando jugaba; cuando pedía comida de forma única con su ladrido, movimiento de cola, su sonrisa y su pata moviendo con firmeza la cacerola; cuando abría la puerta y a veces solo se percibía su ojillo con la mancha café-naranja pedorrilla; cuando enseñaba el colmillillo luego de levantarse o cuando se le hablaba “¡Toby!”.

Siento esa preocupación cuando se salió de la casa y regresó luego de una semana todo moribundo (por no decir: todo madreado) donde la lengua, de fuera, indicaba muy poca fuerza, pero la necesaria para estar parado frente a la puerta. También cuando se escapó de una veterinaria.

Siento ese alivio cuando apareció de su travesía y cuando lo encontramos luego de haberse escapado de aquella veterinaria.

Tanto que me enseñó ese “viejillo remilgoso” y lo ha seguido haciendo a través del recuerdo de sus puntillos pedorrillos arriba de sus ojos y porque compone esencialmente el presente escrito.

Cierro los ojos, respiro profundo y de nuevo esas tres lágrimas...



EL VILLANO NO TIENE LA CULPA

Miralda Cortez Vásquez

Un día, un joven iba caminando por un hermoso sendero. Mientras disfrutaba del paisaje, se percató que a la orilla del camino estaba tirado un hombre al pie de un frondoso árbol el cual le proporcionaba una fresca sombra, el aspecto de este hombre era confuso pues no era fácil saber a simple vista si se encontraba dormido, enfermo o ebrio. Sin pensarlo, se aproximó a él con toda la intención de prestarle ayuda en caso de que lo requiriera. Después de saludarlo e intercambiar algunas palabras. Sintió además de empatía, cierta simpatía. El señor le preguntó:

—¿A dónde vas?

Sin más, le contó todos sus planes, hacia dónde iba y por qué, y el motivo de su gran aventura, lo que duraría su viaje y cuál era su destino final.

El hombre quedó fascinado con el proyecto del muchacho, y sin más le dijo:

—Si tú quisieras, yo te podría acompañar. Mira, yo no tengo ni un plan, más que quedarme aquí tirado. En cambio, tú recorrerás muchos caminos y no es bueno que estés solo. Yo podría estar contigo todo este tiempo.

El joven dudó por un momento. Reflexionó en la propuesta. Ya llevaba más de la mitad de su recorrido y en ningún momento había tenido compañía.

Había librado grandes obstáculos, de los cuales se sentía orgulloso, pero nadie había estado a su lado para compartir sus triunfos.

Tal vez no sería tan malo tener un compañero al lado, que se sienta orgulloso cuando llegue y consiga mi meta final. Pensó.

—Está bien, iras conmigo.

En ese momento tomó su mochila, la que había tenido todo el tiempo consigo, ya que estaba llena de herramientas y cosas que necesitaría a lo largo del camino y la cual había preparado con mucho tiempo y cuidado así que desde entonces siempre la tenía muy cerquita de él.

Tomada la decisión de llevarlo consigo, y al verlo ahí botado con sus lánguidas piernas se dio a la tarea de levantar al nuevo amigo y partió con él en su espalda.

Durante el camino se dio cuenta que ese hombre era una persona realmente interesante. Le contó mil cosas de su infancia, de sus batallas, de lo que había sufrido y que aún le lastimaban. Sabía de muchos temas, y cuando menos se dio cuenta habían avanzado muchos kilómetros. Y así, días y noches enteros siguieron su camino.

Un día, después de descansar un poco, el joven miraba hacia la dirección que tomaría y en su mente trazaba un mapa imaginario. Absorto en sus pensamientos, de repente escucho al señor:

—¿No pensarás ir por ahí, verdad?

El joven titubeó y no respondió por miedo a ser juzgado. En cambio, hizo otra pregunta:

—¿Tú crees que sería mala idea? Digo, es un lindo camino. Cuenta con una

vista extraordinaria y, si nos apuramos, nos tocará ver el amanecer desde un cañón, que cuentan que es espectacular.

—Sí. La verdad no creo que sea buena idea. Es un camino largo y difícil. ¿Qué necesidad tenemos de complicarnos el paseo, pudiéndolo hacerlo más rápido y fácil? Si nos vamos por el otro camino, llegaríamos en la mitad de tiempo. Yo creo que es una muy mala decisión, no creo que valga la pena.

El joven escuchó sus argumentos y aunque no estaba del todo convencido, pensó que tal vez el señor estaba cansado de viajar en una forma tan incómoda colgando de él desde que salieron a la aventura hasta ese mismo momento, así que decidió seguir su consejo.

Como bien dijo el señor, llegaron en la mitad del tiempo, y antes del anochecer ya estaban instalados en un lugar bueno para descansar por esa noche. Cuando se sentó, el joven sacó de su mochila un pan envuelto en papel y una cantimplora llena de agua, la cual contaba con una tapa que servía de vaso. Sacó también un cuchillo, el cual había estado utilizando para cortar frutos y algunos vegetales, con los cuales se alimentaban cuando les daba hambre. El chico cortó algunas frambuesas silvestres y varios aguacates de un árbol y se los ofreció a su compañero, quien los miró con recelo y le comentó:

—¿Y ese pan de dónde lo has conseguido?

—Oh, este pan lo gané trabajando en una granja de una vieja antes de llegar a donde te encontré. Me lo dio a cambio de alimentar a sus cerdos y gallinas.

—Tal vez lo más justo es que todo lo que comas, lo repartamos en partes iguales. No creo que quieras pasar por una persona injusta al no compartir, y que no lo haces de una manera equitativa. Mejor deberíamos comer todo dividido por partes iguales, incluyendo tu pan y el agua que tienes ahí. ¿No crees?

El chico se sintió muy mal al darse cuenta de lo egoísta que había sido. De ahí en adelante todo lo compartía al cincuenta por ciento con su acompañante, e incluso le compartía todas las cosas que traía en su mochila, para que en ningún momento fuera a batallar por nada durante el recorrido.

Así siguieron, cambiando más de cuatro veces el plan, porque el señor le hacía ver al muchacho que sus decisiones eran descabelladas.

A estas alturas, el viaje se estaba tornando muy cansado para ambos, sobre todo para el joven, pues, además de caminar largas distancias con el señor sobre su espalda, también era muy desgastante recolectar comida y agua para los dos. Además de que, durante el camino, el señor había perdido la mayoría de las herramientas, ya que las dejaba olvidadas en donde descansaban. A esto se sumaba que el señor criticaba cada cosa que el joven hacía, pues le parecía inmaduro e inexperto.

Para colmo, el camino no era tan hermoso ni excitante como era al principio, pues habían tomado vías fáciles y rápidas, que le robaban lo mágico al viaje.

Una mañana, después de descansar, el joven se dio cuenta que estaba en una cuchilla que daba a dos caminos. Se entusiasmó al ver que tal vez podía recuperar un poco del plan inicial. Se preparó inmediatamente para retomar el paso. Mientras, el señor, abriendo los ojos y estirándose, acompañado con un gran bostezo, le preguntó qué hacía.

—Preparo las cosas. Es hora de irnos.

—Pero cómo. No me has dado de desayunar y yo todavía tengo sueño. Planeaba seguir durmiendo después del almuerzo.

—No podemos —contestó apresurado—. Si seguimos derecho, conectaremos con el camino principal que nos llevará a la cascada.

—¿Y qué hay del desayuno? ¡Tengo hambre!

El joven señaló un arbusto que estaba a unos metros y sugirió que comiera frutos de ahí, pero eso ofendió al señor, quien contestó verdaderamente molesto:

—¡Cómo! ¡No es suficiente para mí! Además, tendría que estirar mis brazos para tener que alcanzarlos. Tendría que esforzarme por tu culpa, siendo que yo te estoy haciendo un gran favor al venir contigo a este fastidioso viaje, el cual me está resultando sumamente desagradable. ¡Yo podría estar en cualquier lugar más a gusto, que aquí contigo, y aun así me tratas de esta manera! No lo puedo creer.

El joven se sintió culpable y de nuevo muy egoísta. ¿Cómo pudo comportarse así? ¿Pensar sólo en a dónde quería llegar, sin preocuparse de lo que le iba a hacer sentir a su compañero?

Estaba serio, pensando en todo eso y en cómo remediar el daño que había hecho. Una disculpa tal vez no iba a ser suficiente. ¿Cómo recuperaría su amistad? De pronto, escuchó en medio del silencio, un bufar de coraje de su amigo, que respiraba muy agitadamente, provocando un sonido casi animal, por su vieja y arrugada nariz. Se escuchaba muy molesto y de pronto, en medio de su ira, con movimientos exageradamente agresivos, ¡se puso de pie!, al mismo tiempo que se sacudió el polvo de su espalda y de su trasero, y con voz fuerte exclamó:

—¡Ya es suficiente! ¡Me voy! ¡No pienso seguir permitiendo tal abuso!

El chico, con los ojos abiertos de par en par, casi casi como dos grandes platos y sin parpadear, no daba crédito a lo que estaba viendo. En medio de su confusión, no alcanzaba a comprender lo que estaba pasando.

—¿Cómo hiciste eso?!

—¿Cómo hice qué? —contestó el viejo

—Ponerte de pie.

—Pues así, como tú.

Y después de eso, dio algunos pasos como si nada. El joven insistió.

—¿Pero es un milagro?

—¿De qué hablas?

—¡Estas de pie! ¡Estas caminando! ¿Cómo lo acabas de lograr?

— ¿Acabas? No lo acabo de lograr. Yo camino desde mis 11 meses de vida.

—¡Qué! ¿De qué hablas? Pero si yo te salvé. Yo te he cargado todo el viaje porque tú eres discapacitado.

—Claro que no. ¿Quién rayos dijo eso?

—Es que yo he hecho todo el viaje contigo en mi lomo, ¡días y noches enteras!

—Yo jamás te lo pedí y yo jamás dije que no podía caminar. Tú jamás me lo preguntaste tampoco. Decidiste cargarme, a lo que yo vi conveniente y créeme, muy muy cómodamente para mí, así que simplemente lo acepté. Pero yo no te engañé, fue tu decisión.

En ese momento, el joven estaba lleno de furia del señor y quería culparlo, golpearlo y reclamarle hasta cansarse, pero desafortunadamente el otro tenía razón. Él mismo supuso que lo necesitaba. Y realmente el tipo ese solo había aceptado lo que él le había ofrecido. Así que el viejo, todavía enojado por la pérdida de tiempo, se retiró por su lado renegando y maldiciendo al chico. Y el joven, derrotado, sin más que decir, tomó el camino que creyó mejor y volvió a emprender su viaje, tratando de recuperar los paisajes que había perdido. Tal vez lo lograría. Tal vez le costaría mucho trabajo. Pero una cosa sí sabía, que de aquí en adelante viajaría más liviano.



EL LÁPIZ

María De Jesús Rivera Granados

Y así comenzó todo.

La gran aventura con las personas, esas manitas pequeñas haciendo garabatos, dibujos que sólo ellos le encuentran sentido ¡es tan divertido! Llegaron mis primos los colores de cera, ahora sí, las hojas de libreta quedaron pequeñas y terminamos con murales en la pared; y así, poco a poco los garabatos empiezan a tomar forma. Ya logramos poner en un renglón “mi mamá me mima”. Pasan los días y las hojas se llenan de palabras y números.

La tarea de hoy fue escribir una poesía de José Martí:

Cultivo una rosa blanca

En junio como en enero

Para el amigo sincero

Que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca

El corazón con que vivo,

Cardos ni ortigas cultivo;

Cultivo una rosa blanca.

Pasan los días, ya logramos escribir con más buena ortografía: lugar y fecha en el encabezado, puntos, comas, signos de interrogación. Páginas llenas de restas, sumas, multiplicaciones, divisiones y fracciones... ¡hemos aprendido tanto!

Tengo un pariente, se llama el bicolor, de un lado es rojo y del otro es azul, nunca debe faltar en una lapicera pues con él se subrayan las cosas importantes de cualquier escrito. En los exámenes nadie quiere ver color rojo, pues están las tachas en las respuestas equivocadas y las maestras las ponen grandes para que cualquiera las vea, hasta los papás; pero cuando son en azul se ve hermoso el “10” encerrado y grande, un examen digno de la puerta del refrigerador.

El rojo creo que da un poco de miedo aún en las personas mayores, pues cuando dicen que las cuentas están en números rojos la gente se asusta.

Hoy es el examen de admisión, sus manos están nerviosas. Hicimos un pequeño acordeón aunque creo que ni va a necesitar sacarlo pues se lo sabe de memoria, pero a veces los nervios le pueden jugar una mala pasada y por si las moscas.

Al fin en secundaria, por la noche es hora de escribir en “el diario”, ese cuaderno de pastas gruesas que nadie más tiene que leer:

16 de agosto

Primer día de clases, maestros nuevos, algunos compañeros conocidos; mi amigo Leonardo, Joaquín el de la esquina, Roberto el de la tienda, Rebeca, Lucía y Bertha que se ven raras o así me lo parece, como más grandes, ahora les da pena hasta saludar. También me inscribí en el equipo de basquetbol.

En el pasillo afuera del salón de clase la vi, tiene el cabello largo güero, los ojos verdes, habla fuerte, se comía una paleta tutsi pop con una delicia...; alguien gritó: ¡Alicia! y ella corrió a abrazarla. Mañana inventaré algo para hablar con ella, Leonardo me tendrá que ayudar. Y ahora a soñar...

Vivo persiguiendo sueños
Y con este empeño estoy
Viviendo con tantos sueños
Ya hasta ojeras tengo hoy.

En la lapicera me encontré a la pluma que es bien presumida, se cree “muy muy” porque con ella se escriben cosas que no se pueden borrar: las importantes, los contratos; las firmas siempre se escriben con pluma.

A los adultos les gustaría que algunos pasajes o momentos de su vida hubieran estado escritos con lápiz y poder borrarlos, pero eso es imposible, sólo les queda aprender de ellos y estar conscientes que lo próximo se escribe con pluma también.

La vida es un escenario
En el cual todos actuamos
Sin sentir que es un martirio,
Llorando y bailando vamos;
El papel no lo escogimos,
Cada quien con su vestuario
Escogiendo sus colores
Escribe su propia historia.



LO SUTIL DE LA VIDA

Miranda Cruz

Capítulo 1. “El haber de las cosas”

Observo cada pequeña cosa que hay en la biblioteca pública de Roseby, el olor a libro y té de limón invade mi olfato, estoy sentada en una pequeña mesa escondida entre los grandes estantes repletos de mundos por explorar, mi mirada viaja por todo el lugar, hay pocas personas, es algo loco saber que cada persona es protagonista de su vida, tienen historia, tienen algo que contar.

Soy la protagonista de una de las historias más aburridas, una vida tan monótona y sin brillo, una historia algo vaga para contar, sopló suavemente mi vaso caliente de té, hay personas, hay libros, hay una suave melodía sonando, hay muchas cosas sucediendo, hay tanto que nadie se toma el tiempo de admirarlo, me gusta admirar las cosas, es mi pasatiempo favorito, ver cada detalle, hasta el más chiquito.

¿Es tonto venir a una biblioteca solo para ver? Si, ¿Debería tomar un libro y simular que me gusta leer? Debería, ¿Ver mucho a las personas me hace ver algo raro? Dudo que solo algo, ¿Preguntarme cosas a mí misma significa que estoy muy sola o solo algo loca? Algo de ambas.

Jugueteo con la cuchara de mi té, podría levantarme y tomar un libro, observar la letra, las páginas, intentar leerlo, podría, lo cierto es que me da flojera hacerlo, es solo levantarse, pero mi lugar está muy cómodo, qué más da; Me levanto sacudiendo los pliegues de mi falda, camino desgastada buscando algún libro que me llame la atención, me paseo tocando suavemente la pasta de

los libros, no me gustan las pastas blandas, disfruto de los libros de pasta dura, solo por la estética, ciertamente la estética influye mucho en lo que observas.

Encuentro un libro que cumple todos mis gustos, “Ni lo leerás” reprocha mi mente, es color melocotón, tiene pasta dura, paso mi mano por la portada sintiendo los pequeños vacíos que dejan las letras doradas con caligrafía cursiva, hay varias rosas entrelazadas dibujadas; son de un color más fuerte que la portada creo que pegando al coral, lo abro, hay una hoja del mismo color de la portada, busco la dedicatoria, amo ver el pedacito de texto que dejan, el libro es para alguien, podrás comprarlo y tenerlo pero ciertamente ya es de alguien.

“Para ti que extendió sus alas y me dejó” Podría interpretarlo como que la abandonaron o es su pareja que terminé con ella, un familiar que murió, o algo de ambos; una pareja que murió, podría darle miles de teorías y quizás ninguna se acercaría, lo cierto es que es una dedicatoria muy triste, vuelvo a dejar el libro en su lugar.

Regreso a la pequeña mesa, le doy un largo sorbo a mi té que ya se encuentra frío, miro el reloj de mi muñeca; faltan cinco para las seis. Solo debo de permanecer otros cinco minutos en la librería, el tiempo es algo de lo que estoy muy consiente, se volvió una manía, mido el tiempo de cada cosa que hago y si no le acierto espero a que sea un número fijo como seis en punto o seis y media, nunca un punto que no sea cero.

Finjo que la mesa es un piano y toco con mis dedos las notas básicas, otra manía, ni siquiera se tocar el piano, solo se eso, repito la secuencia una y otra vez, aunque suene irreal me diagnosticaron TDH; Trastorno por déficit de atención e hiperactividad a los nueve años, suele pasar desapercibido en la gente, y fue difícil que mis padres se dieran cuenta, en mi caso se presentó de una forma curiosa, no poder estar quieta, al principio creyeron que era algo con la obsesión de medir el tiempo, después se vio que era un mecanismo de mi mente para controlarlo, debo estar en constante movimiento, de ahí nació el hábito de observar, aunque a los profesores les molesta que observe demasiado.

Cinco minutos cumplidos, me levanto, recojo el termo vacío de té y lo guardo en mi mochila negra, junto con mi libreta de dibujo, camino en dirección a la salida, no sé a dónde más ir, podría regresar a mi casa pero sería un desgaste mental hacerlo, a veces olvido lo que hago y solo camino, es una actitud peligrosa, mi ex terapeuta trato de encontrar formas que me ayuden a estar consciente de lo que hago, mis padres estaban hartos de buscar a una adolescentes de diecisiete años que se perdió, una solución molesta fue aprenderme por completo la ciudad, ¿Por qué Roseby es una ciudad si su nombre significa Pueblo de Rosas? Aun no lo entiendo, pero tuve que aprenderme cada jodida calle que hay.

Miro mi teléfono, ningún mensaje; varias notificaciones de videos nuevos o transmisiones en vivo de streamers, youtubers que sigo, pero ningún mensaje, antes me pondría triste, aun me pica el sentimiento de soledad, pero es mejor ahora que antes, las redes sociales son peligrosas, como una comadreja de cola larga, es un animal muy lindo y bonito pero es demasiado agresivo, o los delfines, que son seres realmente malvados, así son las redes sociales, si no las manejas bien en cualquier momento te consumirán, por eso las borre no existen, en mi mundo soy solo yo y los mensajes de texto.

Camino por la ciudad sin un punto fijo, las luces de los carros iluminan las calles, hay varios posters de luz pero con los focos descompuestos, no tiene sentido si no hay luz, repaso a cada persona con la que me cruzo, voy caminando detrás de lo que asumo es una pareja de chicas, vienen discutiendo, mentiría si no me interesa por que discuten, no soy “chismosa” ellas ocupan mucha banqueta y yo soy muy tímida para pedirles permiso de pasar, solo me queda escuchar su conversación mientras camino.

La charla de las chicas no es muy especial, no puedo deducir el enojo de la chica de la izquierda con cabello color rojo fuego, ni el cinismo con el que habla la chica rubia de la derecha, solo sé que parece un problema tan íntimo que aun siendo una intrusa en su conversación me siento el doble de incomoda; La incomodidad de estar detrás de ellas sin entender el aura violento comienza a ser una molestia para mí, por suerte en menos de tres metros hay un semáforo;

un semáforo que no sirve, le falta la luz del color rojo, pero sigue siendo una salvación, una salvación para mí y una negligencia para los ciudadanos.

Alcanzar el semáforo y rogar que ellas no vayan a la misma dirección que yo se vuelve en lo único que piensa mi mente por los próximos minutos, si ellas siguen en mi misma dirección solo me quedara cruzar en dirección contraria, retrasaría mi tiempo y mi ruta pero sigue siendo mejor que hablar con ellas, aun siendo solo para pedir un simple “Permiso” para pasar.

Mis plegarias son escuchadas cuando se dirigen al otro lado de las calle, acelero mis pasos para reponer el tiempo perdido de seguir su ritmo, podría sonar exagerado, sonar patético e irritante, pero son cosas tan sencillas que se me complican hacer, el miedo de tener una charla con alguien que no conozco, la picazón en mis ojos con lágrimas amenazando salir cada que siento que he cometido un error, me siento enferma, descompuesta, ¿Quién viene al mundo teniéndole miedo a lo que vive en él?

Camino por diez minutos más y decido regresar a casa, mi mamá estará en el gimnasio hasta pasadas las ocho y mi padre, es un poco difícil de predecir, podría encontrármelo en algún bar, podría estar trabajando, o en algún lugar con alguna de sus novias, no lo sé, podría estar en mi casa, espero que no sea la opción anterior, cuando estoy con mi él es incómodo, no tenemos una mala relación o eso creo, pero no congeniamos, estar con mi mamá es más de lo mismo pero ella habla, preferiría que guarde silencio, si ambas nos callamos nos ahorramos peleas y desilusiones.

Se podría decir que vengo de una familia “acomodada”, aunque no pertenezco a la “Burguesía” soy de clase baja alta, podría armar un debate entero sobre porque la clase media no existe y solo es un invento para controlar, pero sería un desgaste de tiempo, otro pasatiempo a la lista, investigar mucho, leer no es lo mío; lo detesto, sin embargo amo leer cuando se trata de algo que me interesa, soy curiosa e irritable según mi mamá; a ella no le gusta que hable de temas políticos, sociales o culturales, a ella como a mí, no le gusta que hable, nunca le digas a una persona que quieres que se calle, esa persona llegara a odiar su voz.

Frente a mí se encuentra mi casa, 19:25 pm, todavía puedo caminar por otros cinco minutos y evitar encerrarme en esa construcción llena de problemas, vacilo al dar los primeros pasos en dirección a la puerta café, saco mis llavero de osito, me lo regalo mi abuela cuando cumplí los quince, lo aprieto suavemente, agito el llavero ocasionando que las llaves choquen entre sí, hay veces en las que no quiero entrar, quiero desaparecer, juntar el suficiente dinero para irme lejos y huir nuevamente.

Abro la cerradura y entro, las luces están apagadas, el lugar parece estar vacío, tanteo buscando el interruptor para encenderlas, hay un espejo en la sala, mi reflejo invade mi vista, mi cabello mal cortado me llega hasta el mentón es de color castaño; percutido de tanto pintarlo, agradezco que el espejo no sea de cuerpo completo, observo mi cara llena de marquitas que dejo el acné, mis ojos rasgados oscuros profundizan los rasgos indígenas heredados por mis abuelos paternos, mi boca es pequeña, mis labios son delgados y resecos, con algunas mordeduras de dientes, estragos de mi ansiedad.

Subo las escaleras de madera que rechinan con cada paso, me dirijo a mi habitación, es el segundo cuarto más grande de la casa, aun así el espacio se ve tan chiquito, dejo mi mochila en un silla al lado de mi buro, me lanzo a la cama, estoy muy cansada, no sé si mi cansancio es físico o psicológico, deje de diferenciarles hace meses, solo sé que quiero descansar pero no puedo, mis sueños han sido robados y el cansancio me ha negado buscarlos.

Cierro los ojos aun sabiendo que difícilmente podré dormir, una chica sin amigos, agregaría sin familia por el hecho de no sentirme parte de ella, una chica sola, una chica triste, soy esa protagonista, soy la protagonista de un libro triste con un final triste, si yo me escribiera me mataría en el capítulo cinco, quizás lo alargaría, haría varios capítulos de relleno hablando sobre mí; mi tema favorito, quizá es por eso que me molestan mis padres, yo no soy el centro de su atención.

Todo está oscuro, ya no hay mucho que observar, mañana volveré al instituto, uno nuevo el tercero en dos años, sé que no es lo mismo, puede cambiar, puede mejorar o puede empeorar, volver a agarrar un libro lleno de adoctrinamiento,

volver a estar con gente, aguantar sus miradas, seguir el movimiento de sus ojos curiosos que llegan a ser ofensivos, soy fuerte, puedo con eso, me lo digo aun sabiendo que soy tan débil, tan pequeña, siento que una sombra me come, no quiero ser devorada por mi mente, no quiero ser alimento de la sociedad.

Capítulo 2. “¿Casualidad?”

Mi cuerpo se siente pesado, las ganas de levantarme y enfrentar una vez más la escuela parecen inexistentes, estoy cansada, harta de escuchar el sonido de la estúpida alarma, tengo sueño, demasiado, podría, más bien, me gustaría dormir para siempre.

Con los ojos cerrados me levanto con pesadez de la cama, choco con algunas cosas en el proceso de encontrar el baño, busco el interruptor de luz para iluminar mi camino, “Iluminar mi camino” Cuando me diagnosticaron depresión creyeron que era una “Enfermedad” ya saben el tabú de la psiquiatría, mi tía paterna creía que mi camino se iluminaría creyendo en Dios y no asistiendo a mis citas con la psicóloga, Creer en Dios, la religión nunca ha sido un tema que me importase, mis padres creen en Dios pero nunca sintieron la necesidad de llevarme a la iglesia o a misa, me dieron la oportunidad de decidir.

Podría saltarme el capítulo de la escuela en mi historia, en mi libro, no narraría mi vida escolar, me haría una mafiosa genial o un personaje de manga shōnen, ¿Debería eliminar a mi familia? Todos los buenos personajes no tienen figura paterna, o buscan a su padre que claramente lo abandonó, quizás mi padre no me abandonó, pero podría contar, es como si no existiera en mi vida.

¿Es demasiado temprano para llorar? ¿Llorar por qué? Por sentirme sola y perdida, por tener que ir a la maldita escuela y ahogarme de terror y pánico, ¿Mi llanto es justificado?

Hoy no iré a la estúpida escuela, quien lo decide, ¿Mi futuro? De todas formas, no tenía esperanza de llegar viva a los veinte, ¿Qué importa más? Mi salud mental o sacar un estúpido diez que solo conseguiré un “Es tú jodido deber...” de parte de mi madre, a la mierda ella, a la mierda mi hermana, a la

mierda mi estúpido padre y a la mierda la jodida escuela.

¿Qué se necesita para desaparecer un día completo? Repaso las cosas seleccionadas, Guarde suficiente dinero o eso creo, llevo mi termo lleno de té caliente, mi libreta de apuntes, el mapa de la ciudad, mi teléfono; el cargador y los audífonos, la sucia lapicera de flores que tengo desde sexto año de primaria, un libro para simular un momento vergonzoso mientras “Leo” y un puñado de dulces, mi madre diría algo sobre llevar un suéter por el frío, me debato mentalmente sobre si hacerle caso a la imagen de mi madre regañándome o hacerme la rebelde; al final decido agregar un suéter, nunca está mal prevenir cualquier enfermedad.

Amo la moda, soy fan del estilo, las pasarelas, la creatividad de crear algo, amo la moda pero odio el fast fashion “Moda rápida”, siempre me visto igual, mis pantalones de mezclilla oversize rotos en las rodillas, la playera negra acomodada debajo del pantalón, mi cárdigan morado de florecitas bordadas y mis tenis negros estilo converse, tengo una filosofía de vida con la ropa, no ensuciarla y usarla las veces que sean necesarias, todo porque odio lavar y no gasto agua en lo absoluto, como alimentar a dos pájaros de un pan, dos en uno.

Bajo las escaleras con cuidado, a esta hora mi mamá saldría a su trabajo, por los ronquidos de mi padre supongo que el dormirá por un buen tiempo y mi hermana, bueno ella siempre desaparece en las mañanas, es un poco misterioso, pero cada uno maneja su vida como puede.

Reviso mi reloj de la muñeca; 7:35 am, el sonido de los tacones de mi mamá se escucha aun a metros de distancia, espero hasta que el sonido se disuelva para caminar hacia la salida, cuando el sonido es remplazado por el motor de su auto, me dispongo a salir, podría haber mentido y fingir que voy a la escuela, podría, pero soy malísima para mentir.

Caminar por las calles de Roseby te hace pensar, lo que es raro pues Roseby en las mañanas está lleno de tráfico; personas gritando, niños estresados por volver a la escuela, hay mucha tensión en el aire, pero esa tensión te hace pensar, no me gusta pensar, no me gusta que mi mente vuele y me lleve a un lugar en el que no quiero estar.

Me siento inferior, me siento sola, me siento innecesaria, como si no le importara a nadie, quiero ser importante, quiero llamar su atención, no quiero ser el estúpido sol cuando todos aman a la luna.

— No es personal Sol, tú eres bonito. — Hablo a la nada dirigiéndome a la estrella gigante que apenas empieza a salir.

— Realmente lo es. — Busco el origen de la suave voz, lo encuentro en una chica de cabello rubio cenizo, es realmente bonita.

— ¿Crees que el sol envidie a la luna? — Le pregunto a la extraña.

— ¿Crees que la luna no envidia al sol? — Eso no responde mi duda, una pregunta no se responde con otra, frunzo mi ceño ella parece notarlo por lo que sigue. — Son bellezas distintas, la luna envidia la fuerte luz del sol, y el sol... Realmente no sé qué puede envidiar de la luna, la gente siempre ha preferido la luz solar.

— La luna es misteriosa, encantadora, quieres verla y descubrir lo que guarda y el sol no es especial, es solo algo que brilla, lo puedes ver todos los días, solo lo prefieres cuando te sirve, siempre dicen “Que linda esta la luna” en cambio siempre se quejan del calor que por su culpa el sol da. — No sé en qué momento me detuve a sentarme al lado de la extraña que me mira con la mano en su mentón.

— Sin embargo el sol es el que da vida... — Se detiene un momento.

— Tu ¿Cuál prefieres? — Mi atención recae en su expresión, los primeros rayos del sol iluminan sus ojos; son de un color verde brillante, parece meditarlo por bastante tiempo.

— No me gusta la noche, pero la luna no tiene la culpa de eso, el sol es precioso, es tan bello que es imposible observarlo, la luna es tan enigmática, me gustan ambas, pero el brillo del sol que cubre la oscuridad me hace amarlo aún más. — Realmente no lo entiendo, nos quedamos lo que parece una eternidad en silencio.

— Un gusto. — Le extiendo mi mano, la aprieta sonriendo, su sonrisa es tan deslumbrante como ella, entiendo porque prefiere al sol, ella parece ser uno.

— Freyr Feniks — Indica con una seña de desinterés.

El sol parece tomar más fuerza, empiezo a sentir su calor, reviso mi reloj 8:45 am, me pregunto si la extraña se podría quedar otros cinco minutos conmigo.

Veo pasar unos cuantos autos de lujo, examino el lugar, es un barrio gigante, un barrio “rico” a lo lejos observo una cafetería, ¿Tienen su propia cafetería? Wooow en mi barrio lo más cercano es la miscelánea de la esquina, es triste porque tienen más de lo necesario cuando personas no tienen ni lo mínimo.

— Así que Freyr Feniks. — Saboreo su nombre en mis labios. — Freyr, Feniks, Doble F, chica extraña del barrio rico ¿Tienes algún apodo?

— No tenía, pero Feniks me gusta, por el ave Fénix.

— A mí me gusta Freyr, era un Dios nórdico, no sé de qué pero lo era. — Sus ojos son cálidos y brillantes.

— Dios de la lluvia, del sol naciente y de la fertilidad... — Sonríe dejando mostrar dos hoyitos en sus mejillas.

— Eso explica muchas cosas — Le indico jugando con las piedritas regadas por el pavimento.

— ¿Cómo cuáles? — Me observa.

— Pareces un sol o algo así, suelo asemejar las cosas materiales con personalidades, el sol es brillante, pareces una persona brillante, aunque no te conozco esa es la idea que me doy de ti, pareces un Sol.

— Un Sol; soy proveedora de energía, me gusta, me sube el ego, gracias.

— De nada. — Le sonrió, casi me hace olvidar que falte a clases.

Nos quedamos en silencio, un silencio cómodo, ambas estamos sumidas en nuestra propia mente, somos extrañas, no nos conocemos, seguramente corro un gran peligro a su lado, no sé qué tipo de persona es, pero aun así quiero arriesgarme a estar unos momentos más con ella, así a la luz del sol, con un montón de personas rodeándonos, donde no me pueda pasar nada y pueda seguir disfrutando de su precedencia.

— ¿Te conozco de algún lado? — Mi pregunta sale de manera inocente, pero no creo en las coincidencias.

— Nunca en mi vida te he visto, ¿Me has visto en algún lado? — Busco en

mi memoria algo similar a ella, cabello rubio cenizo, ojos color jade, gabardina café y converse rojos, nunca he visto esa combinación en algún lado, quizás en un anime.

— Creo que nunca vi una persona tan peculiar.

— Peculiar... Me gustaría ser normal.

— Peculiar de forma genial, no rara, peculiar, algo que te distingue de todos los demás — Suelto sin ninguna intención, solo digo lo que pienso.

— Me haz halago dos veces en esta charla, ¿Somos algo así como almas gemelas? — Una estruendosa risa sale de mí — A ti te gusta halagar y a mi ser halagada, en completa armonía.

— ¿Qué te dice que no me gusta recibir halagos?

— Oh lo siento, lindos tenis. — Me sonrío alzando su pulgar derecho en señal de aprobación.

— Gracias. — Mis tenis están rotos, bueno casi rotos; Son de color negro con blanco estilo converse clásicos, aunque mi mamá me los compro en el tianguis. Tienen una carita feliz pintada con corrector en la parte negra. Rebusco en mi mochila buscando mi plumón permanente color negro y se los extiendo. — ¿Quieres pintarlos?

— Oh por dios, claro que sí. — Toma el marcador con cuidado, me volteo dejando a la vista mi tenis, Feyr se inclina para dibujar sobre él, desde mi posición no puedo ver lo que hace, pero parece bastante inspirada dibujando, a los minutos se levanta bastante satisfecha.

— Son nubes... — Murmuro, son muchas nubecitas alrededor, aunque parece sencillo se ven demasiado bonitas. — Ahora tendré miedo de lavar mi tenis y despintarlos. — Ella ríe. — Muchas gracias Feyr.

— De nada, es justo que te toque pintar los míos... El tuyo fue del lado derecho, así que me toca el izquierdo. — Me devuelve el marcador, se acomoda para dejar el tenis izquierdo arria de la banqueta.

— ¿Si los arruino? — Ese tenis es de todo menos barato, se siente prohibido.

— Los lavo y volvemos a intentarlo. — Me sonrío cálidamente. — No te preocupes es solo un tenis.

Asiento y comienzo para dibujar, hago unos solecitos alrededor, soy muy mala dibujando, pero se ven decentes.

— Soles. — Sonríe satisfecha. — Me gusta.

El resto de la mañana me la pase platicando con Freyr, solo cosas triviales, cosas que se pueden olvidar fácil, no hablamos sobre nosotras, no tocamos el tema de porque no estamos en la escuela, donde vivimos, ni mencionamos nuestra edad, es una charla para olvidar, se siente como si ambas saliéramos de la realidad y nos sumergiéramos en nuestra burbuja, sabíamos que en algún momento la burbuja iba a explotar y tendríamos que regresar, Freyr no podía pasar todo el día conmigo y yo era demasiado tímida para pedírselo, no me conoce, al final me despedí, no le pedí su número de teléfono, ni su redes sociales, nada, una linda casualidad.



LLUVIA DE PERLA

Isela Alejandra Pérez Hernández

El hombre no va a ninguna parte. Todo viene al hombre, como el mañana.

-Antonio Porchia.

Comenzó con un airecillo. Los árboles meciéndose, el calor batiéndose entre las habitaciones de la casa.

Después de la hora de la comida arreció y el viento levantó las arenas, y comenzó la tormenta:

De bulto se pobló el cielo de nubes hasta casi cubrirlo,
y los goterones empezaban a impactarse contra la tierra.

Todo esto iba viendo a través de mi ventanal.

Veía cómo los perros buscaban un refugio.

Después miré arreciar el chipi chipi y comenzar la real lluvia. Al fin nos llegó el agua,

la tranquilidad se descargó en cada rayo y la tormenta se transformó en recinto;

necesitaba una tarde de éstas,

de remojadas calles,

de cielo maculado de nubes:

una tarde de breve tempestad;

hoy sentí el mar goteándose en mi piel,

la furia de sus olas bramando en los truenos,

la limpidez de sus aguas inundarlo todo,
vi el flotar de sus algas
enmarañar las ramas de los árboles;

hoy creí conocer en el desconcierto de la lluvia caída en éste desierto
la íntima mirada del fondo oceánico,
y en el cobijo de las dunas a los rayos de agua
el misterio de la perla;

hoy soñé, mientras un telón líquido ocultaba la tarde
que la ciudad del desierto, humedecida, mutaba,
y las calles impregnadas de agua y algas variaban a olas
que elevaban autos,
y edificios
y puentes
y vías
y semáforos
y transeúntes
y basura
y perros
y hormigas
y árboles
y luces
en un vaivén sinfónico;
que estallaban las arenas de mi ventana
y vientos empapados invadían la habitación
y el lecho hecho canoa desatracaba del nuevo veril

que los edificios se desgajaban en peces
gatos de cristal
escorpiones
medusas
estrellas

caballos
unicornios
que naves nuevas se mareaban,
que flotaban muchos cuerpos en las inidentificables avenidas,
que algunos ya tenían embarcación, y como yo
en trance salaban sus dudas
y contemplaban, impasibles, cómo la ciudad de calor, de sol, de tierra, de
muerte
caducaba
y en medio de un murmullo líquido,
y en medio de una tormenta que a ratos amainaba en lluvia liviana
danzaba su metamorfosis;

soñé un futuro,
transición de muerte para nuestra actualidad;

desperté mientras la noche arribaba en medio de un tiempo zozobranante y
húmedo,
quise que mi realidad se vitalizara con el efímero rocío azul,
olvidé que la evolución supone milenios
que ya un mar fue éste desierto,
que somos la nostalgia de un océano
sólo somos memoria del espejo que es al amanecer,
las arenas que nos vertebran
son sólo eco de su médula de oleaje encrestado,
que el vendaval escultor de dunas
es la reminiscencia de ventolinas pretéritas;
olvidé que ya somos el futuro de unas aguas
ya resacas bajo el sol,
somos los polvos salados de una era;

iba a la deriva sobre éstos pensamientos
cuando empezó a verberar el agua

contra los ya secos muros de mi casa,
abrí la ventana y arreció el estruendo de un recobrado aguacero;

el vierteaguas rebozado se derramaba sobre la banquetta,
cesé la ensoñación,
viré en medio de la noche
me adentré en el orbe ficticio de mi hogar desértico;

algunos días necesarios serán
para olvidar aquel sudor de nubes,
aquella precipitación de sueños;

ojalá todas las lloviznas
que caen en Juárez
regaran los ánimos secos, sedientos
que de sus charcos nacieran caracolas
y el susurro de su cantinela aplacara los violentos vientos de muerte
olvido
vergüenza
desdén
ignorancia
y enmudeciera las notas
de la maldita balada de los desmemoriados;

ojalá hubiesen lluvias diáfanas
capaces de frutecer nuevas almas,
de enjuagar los restos enlodados de nuestro pasado naufragio.



EN OTRO CIELO

Daisy Nayeli García Muñoz

El cielo grisáceo cubre mi lecho y mi alma quebrantada ha de irse recuperando, he agonizado durante tus ausencias y aunque he de levantarme en ocasiones el quebranto me abate.

He cambiado de vestiduras más de una vez en un día, me visto de rabia, de llanto, de decepción, de agonía, no importa si es la desnudez quien adorna mis adentros, a mí me embriagan las vestiduras del dolor.

El sol comenzó a salir luego de varios días de lluvia, el cielo y yo íbamos en sintonía y por momentos pensaba que era el único que habría de comprender mis tormentos, pues juntos otorgamos al mundo atardeceres acuosos mostrando la naturaleza de nuestra composición.

¡Oh naturaleza la mía!, fémina sin vestiduras que cuando se comparte se desnuda, pues el cuerpo y el alma se vuelven una, y ambos en sintonía perfecta, dan vida al abrazo, a la risa, al amor. Las máscaras se quedan escondidas al interior del telón, pues afuera, (en la vida creía yo), no habría de necesitar del arte dramaturgo para conducir mis senderos. Pero, ¡oh trastazo que me dio la vida!, ella en su sabiduría, y tú en tu tosquedad, me enseñaron que el disfraz se lleva a diario, para dar vida a la trama de cada día. Algunos se visten de hipocresía, otros de honradez, yo hoy me arropo de agonía y mañana aún no se dé qué...

¡Elisa!, entra la madre a la habitación mientras ella contemplaba los pájaros volar desde su ventanal.

Sí madre, le dice con voz dulce, girando suavemente su cabeza para voltear a verle, acompañado por el movimiento seductor de su cabello castaño, largo, con destellos de oro a la luz, encantador, volteaba con una mirada triste, como pidiendo auxilio, sin hacer el más mínimo uso de la expresión verbal, se abría ante ella a la declaración de sus adentros, aunque Antonia, sumergida en el implanto de su imponente y fría personalidad no lo notase.

Necesito que vayas a la cocina, el atardecer está por darse y Gloria no puede con todo.

Si madre, bajo en un momento, le decía mientras dejaba su suave pluma al lado del fino tarro de tinta, lo dejaba y contemplaba la hoja donde recién había plasmado su sentir a su agonizante amor de ruptura reciente, de quien Antonia sabía poco.

¡Anda! (le dice Antonia con voz más elevada), ¿qué le vamos a decir a los invitados de tu padre?, ¿qué todo es mérito de la servidumbre? Ni Dios lo quiera, ¿Qué van a pensar?...

¡Muévete! que aún necesito ir a recoger la mantelería y la casa de modas está por cerrar.

Si madre, contesta Elisa resignada a dejar en el baúl de sus recuerdos su agonizante pesar.

Mientras Elisa caminaba, dirigiendo sus pasos hacia la elegante e imponente escalera alfombrada para llegar a la cocina, las imágenes de Agustín aparecían en su cabeza como dramaturgia cinematográfica en acción, cambiando de escenario, tiempo y espacio sin cronología alguna, reviviendo sin orden, ni aparente sentido cada hecho vivido.

Justo al llegar a la cocina el colapso la abate y ésta para, como si su cuerpo le avisase, un ¡ya basta!, cae de rodillas a la puerta de la cocina, su silueta se

pierde en las vestiduras rosa-violenta que llevaba puestas, pues el largo del vestido al caer invisibiliza la curvatura de sus piernas, se pierde su figura y solo deja entrever su torso delgado como su alma, ya carcomida de tanto llanto. Cabizbaja voltea apenada a ver a Gloria, con unos ojos grandes, penetrantes, lagrimosos, resistiéndose a mostrarse acuosos.

Niña, ¿qué pasa?, se acerca Gloria de inmediato preocupada, corre a los brazos de la que nunca tuvo, pero que en Elisa vio nacer, su hermosa niña.

No sé, perdí el equilibrio.

¿Cómo va a ser eso Elisa? Tengo que decirle a tu padre ahora que llegue para que te lleve al médico, algo no anda bien hija, ve a tu cuarto, yo puedo terminar con esto, la insistencia de tu madre seguro te trajo aquí. Ve a tu escritorio hijita a escribir, a tu ventana a ver tu jardín, descansa, yo le diré a tu madre que estuviste aquí conmigo.

La dulzura de gloria era antídoto para Elisa, su nombre hacia honor a su existir en su vida. Atenta e intuitiva, tenía la sospecha que algo pasaba y sin decir ni una palabra, la buena mujer reflexionaba, intentando adquirir algunas pistas.

Acostada en su cama, adornada por su cabello largo Elisa pensaba, el ventanal y su belleza eran arte en la escena y su cuerpo boca arriba, con una pierna recta y la otra en triángulo formaban la simetría más sensual de la morada. Dejo el vestido en el piso, para cubrir su cuerpo con una bata satinada que le cubría casi los tobillos.

Ausencia de espinas, sádico abandono de impiedad, cuan duradero será mi calvario por haberte amado, que hasta las piernas dejan de responderme al conducirme por la vida sin ti, sabía que no debía, no quería, pero llegaste como un lobo, decidido, audaz, directo al objetivo, para luego alejarte dejando a la presa al desgarrar de sus entrañas, ensangrentadas luego de tu amor.



LA SOLEDAD

Gabriel Ignacio Antúnez Núñez

Vengo a este mundo gracias mi madre, apenas y puedo abrir mis ojos, veo una luz muy borrosa, quiero hablar pero no puedo, se mi boca salen ruidos y escucho algunos ladridos, pasa el tiempo, ya puedo oler y hablar, mi madre se acerca para alimentarme la veo muy delgada, ella tiene que caminar para buscar comida, mis ojos ya se abren bien y esa luz borrosa se hace un camino lleno de rocas y agua, veo gente extraña con ropa muy grande y están cercas de una luz muy brillante.

De mi boca salen sonidos más fuertes, la gente me grita deja de ladrar animal, no entiendo ¿porque son así? Yo solo quiero hablar, ya puedo caminar sin ayuda, ya es tiempo de dejar a mi madre y salir a explorar.

Llevo días caminando tengo mucha hambre, mi panza truena, veo personas con comida me les acerco para pedir un poco, ellos me avientan piedras y agua, corro asustado y busco donde meterme, porque no entienden que yo solo tengo hambre no quiero hacerle daño a nadie, sigo mi travesía y encuentro un montón de basura, huele rico y empiezo a buscar, ¡vaya encontré un pedazo de pollo!, sale un señor gritando de una puerta venía molesto, me pega una patada justo en las costillas, vomitó el pollo y me echo a correr otra vez.

Ya me cansé, no puedo más tengo hambre, frío y necesito agua. No sé dónde estoy, pero creo que este lugar es el mejor aquí me quedaré debajo de estas luces.

Me quede dormido, ya salió el sol, mi

Pierna me duele mucho, pero no me puedo quedar aquí, sigo caminando y caminado y caminando, ya estoy lejos del lugar donde dormí, creo que descansaré aquí espero no me peguen o me avienten agua.

Tengo hambre y frio, ya empezó a llover, bueno al fin tengo agua, ya solo falta comer, veo que un señor se quiere acercar, ¿me golpeará?, ¿me echo a correr?, ¡aquí me voy a quedar!, me trajo comida y agua limpia, quiero llorar, señor no sé quién eres, pero gracias por esto, empezó a tronar y verse luz en el cielo, me metí debajo de un auto, ¡vaya a vuelto el señor, y ahora trajo una casa!, le puso algo de ropa y me metió en ella.

Me quede dormido otra vez ahora caliente y sin hambre, ya desperté el sol salió y el señor también, me está invitando a que vaya con él, si voy al cabo ya no tengo que perder, después de corto viaje hemos llegado a un lugar donde las paredes son muy altas y veo mucha gente vestida igual, ¡vaya hay más como yo!, iré con ellos a platicar.

Me han contado que trabajan aquí que buscan cosas para los señores de la misma ropa.

Han pasado algunos años ya soy más grande, me he enamorado, ella es el Amor de mi vida, su pelo, sus orejas y trompa me vuelven loco, quien fuera a decir que soy un perro muy afortunado, gracias al señor que no me dejo morir, tengo lo que cualquier perro ha soñado.

Hasta aquí les voy a contar, no les digo adiós, pero si hasta pronto.



RETRATO

Gisela Denisse Muñoz Zamora

Sin quedarse una sola palabra para sí, vaciando su conciencia intranquila. Supo en las últimas horas desenvolver las palabras de sus labios como viejas reliquias sagradas vistas por ojos extraños apenas una segunda vez en su existencia, después de un largo reposo. Debió sentir la muerte cerca y su tiempo ya finalizado. Tal cual sucedió: la enterramos en El Centenario, aquel recto mosaico fúnebre donde por décadas mi abuelo Emiliano la esperaba dentro de su serena sepultura.

Seguía escuchándola, aunque ya muy livianas sus palabras, que con el paso de los días se iban haciendo más traslúcidas y libres, ya sin el cuerpo que las aprisionaba y las mantenía en tierra. El viento se las llevó. Que día tan infeliz, que coincidió con los pájaros mudándose de cielo, la pena estrujándome las entrañas.

Vaciando con el puño abierto la negra tierra hacia el cajón, vi finalizados los tiempos en que caminaba de la esquina de mi casa a la suya para poder contemplarla cocinando, cantándole a sus plantas, limpiando con esmerada devoción las altas estanterías donde siempre el polvo parecía encontrar un hogar. Mi abuela, poseedora de hábitos entrañables y comunes, aquellos a los que toda una vida de distancia me construí la costumbre de contemplar.

Al ladito suyo, cincuenta y tres años después, aunque igual de muerto que ella, mi abuelo Emiliano perpetuaba su reposo todavía bajo las paladas de tierra vaciadas en la otra mitad de este siglo. Porque para nosotros, los Hernández

Laguna, la historia del día funesto en que murió el abuelo Emiliano era un hecho que hasta estos momentos, ya lejanos de mil novecientos cuarenta y siete, nos estaba vedado por el avance inexorable del tiempo. Hubo tantas otras fechas trascendentales en nuestras vidas, pobladas de nacimientos y velorios, que nadie se quedó a detenerse a reflexionar en el final de mi abuelo Emiliano. Su breve paso por el mundo terminó siendo joven todavía y desde entonces, mi abuela permaneció el resto de sus días en la viudez. Yo crecí viéndolo existir, inalterable, de gesto ceñudo, su rostro castaño tostado por el sol del siglo anterior, con unos ojos tan negros como el fondo del firmamento estrellado. Bien guardado en el álbum de cuero polvoriento en la última alacena de la casa, donde ya nadie se dignaba a visitar sus fotos, sino recordarlo mediante la engañosa memoria.

En la mirada de mi abuela seguía existiendo todavía, ella viéndolo continuar ocupando el espacio vacío. En mi imaginación, con las fotos y las anécdotas de mis familiares construí retazos de su existencia, dándoles forma a mi gusto, escuchando a mi abuela hablar de él y yo sin saberlo, añadiendo hebras de mi propia fantasía hasta poder construirme alguien a quien querer. Todas mis historias se desvanecieron al crecer y mi pasado volvió a transformar esa parte de mi vida a su ausencia original.

Parecía existir una historia, una muy bien ensayada, acerca de la misteriosa enfermedad que por desafortunado le había tocado padecer a Emiliano Hernández Gaytán, dejándolo fulminado en el suelo de su cocina. Aquella misma historia contada por los vecinos que no le daban crédito a sus ojos de ver a aquel hombre joven y fuerte con los miembros de su cuerpo flojos y los ojos y las facciones mudas de espanto, dejadas de existir.

Me pongo a pensarlo. Hay gente que, por accidentes, que por el mero infortunio se encontraron con el fallecer. Hay quien lo busca por no tener la paciencia para ponerse a esperar el único destino certero que compartimos todos. Mi abuelo Emiliano bien guardada entre las entrañas tenía ya su muerte, ya esperándolo desde su primer momento en la tierra, quietecita en los segundos y minutos

que marcaba su reloj, que en vida solo le dio por quitárselo cuando no pudo decirles que no a los de la funeraria, esté entregado como último recuerdo a la que fue su esposa. Lo tenemos aún en una caja, la mica rota y el desgastado cuero castaño, humilde reloj.

Ya bien lejos de ese tiempo, en estos días, que sin saberlo eran sus últimos, me daba por irme a acostar al ladito de mi abuela, para verle las arrugas contraerse y destensarse mientras daba respiros. Se le notaba contenta de no despertarse sola, de tener a quien compartirle palabras y canciones de las que le gustaba ponerse a silbar.

Una noche dejé mi casa para irme a la suya, para hacerle compañía en lo que mi padre regresaba de hacer sus negocios en otras ciudades. La casa de mi abuela era de cuartos blancos y las ventanas se encontraban bordeadas con mosaicos de colores. Muy al fondo tenía su patio enverdecido de plantas, donde todo parecía crecer bajo la voluntad de sus manos. Cuando se durmió me fuí al ladito suyo y me vi reflejada en ese espejo enorme que tiene en su tocador al lado de su cama. Debió verme porque se recorrió para hacerme campo y luego nos dormimos.

-Victoria. -Su ronca voz durmiente rasgó la madrugada.

El aire se me escapó del pecho de imaginar que se me pudiese estar muriendo en ese momento con el doctor tan lejos. Me levanté prendiendo la lámpara al lado del buró dándole vida a las alfombras y a las paredes blancas.

- ¿Te sientes mal, tita?

-No seas tonta, que me voy a andar muriendo ahorita, con el sol ya tan lejos.

-Respiré y me quedé callada viendo que quería decirme.

-No fue una simple enfermedad, Victoria.

- ¿Qué me quieres decir, abuela?

-No fui yo, pero se quien fue, aunque nunca hubiese podido enfrentarlo...te lo tengo que decir. -La observé, recostada en su cama, con la lámpara dándole un color amarillo a su cabello blanco y pude verla en sus ojos escapando al pasado, apartándose de mí a un tiempo donde yo no tenía lugar. -Hay cosas que

he visto y que pasan los años y no me las creo. -detuvo su voz, aún dominada por el sueño. -El recuerdo de lo que pasó aún me hace soñar con ese atardecer. No encuentro una explicación de lo que sucedió, pero ya pronto sabré dónde buscar...

No dije nada, ni por la hora ni por las circunstancias. Mi abuela no me estaba mirando, miraba el techo, como si pudiera ver detrás de él, encarando al cielo mismo, queriendo encontrar entre la negrura una nube blanca en donde descansar su pena. Yo me acosté de lado mirándola a ella, abandonándome de todo sonido, dejándome guiar por su voz.

Dios sabe lo que quise a tu abuelo. Yo engendré a sus hijos, barrí su casa, alimentaba a sus perros y planté los árboles bajo los que él se sentaba a ver las tardes diluirse entre las montañas. Su risa poblaba los cuartos cuando se sentía alegre, cuando regresaba a la casa del mercado con las manos vacías y los bolsillos llenos, y los hijos podían comer bien al menos un tiempo. También yo me enseñé con los años a saber prevenir la tormenta que venía cargada en sus ojos cuando le daba por beber, a esconder a los niños de su mano porque sabía que bueno y sano jamás les pondría un dedo encima, no sin un motivo. Yo entendía que a veces necesitara evadirse de la necesidad que llevábamos auestas todos los días, por ello, le permitía perderse de vez en cuando en su bebida.

Aquel día me sentía nerviosa, no sabía por qué. Del nervio hasta las tareas más sencillas se me olvidaron, como prenderle fuego a la estufa para que el desayuno estuviera listo temprano, traer el agua del pozo para que los niños se pudieran bañar, o preparar mantas porque de lejos se veía venir la lluvia. Emiliano se tenía que ir a varios pueblos lejos a vender sus mercancías y no regresaría sino antes de que el sol se ocultara tras la sierra.

Se fue enojado de tener que comer frío y vestirse oliendo a guardado por mis descuidos, pero sentía algo en el aire que me daba náuseas, los perros compartían mi malestar porque se pasaron la noche aullando a una luna pálida

de tristeza. El colmo fue cuando del temblor que traía en las manos una olla de barro que compramos haciendo muchos sacrificios se me resbaló y esparció el desastre por todo el suelo de mi cocina de tierra. Lloré del coraje, pero recuerdo que tu abuelo no se apiadó de mí. Me dejó el desayuno enterito y se fue por la puerta cerrando fuerte, sin decir nada, como a veces le daba por irse.

Pasé toda la mañana triste por haber hecho que se fuera encabronado, más porque los niños se despertaron a preguntarme a dónde se fue azotando la puerta. Me callé mi pena, les hice desayunar, les besé a los cinco la frente y los bendije de la cabeza al ombligo, de un hombro al otro, les pedí se portaran bien y no regresaran tarde. Se fueron todos juntos al mercado a buscarse un quehacer en ese domingo de nubes negras. Me quedé en casa yo sola tratando de arreglar mis destrozos. No, sola no. Yo y el silencio, la casa pequeña de cuartos vacíos y los desgranados cerros de piedra. Nada más tenía por compañía un vientecillo suave que me traía la vida del pueblo de abajo de la ladera del que me encontraba yo tan apartada.

-Buenos días, madre ¿Tendrá un vaso de agua para un viajero cansado?

La puerta de mi cocina daba a un patio sin cerco, por eso el forastero pudo pasar. Bajo el sombrero su tez era más morena que la piel de la gente que vivía trabajando en las haciendas labrando los campos de las mañanas a las noches. Tostadas las manos y ensombrecido el rostro, rodeado por una barba negrísima que le cubría la mitad de su cara joven. Pantalón, camisa y sombrero enterrados. De sus brazos arremangados tras la negra piel le corrían venas de jade espeso. Flaco, flaco, hambriento, tras la amabilidad en su voz se escondía la necesidad. De repente el escándalo: mis perros ladraban su nerviosismo, caminaban aullando en círculos buscando mi atención. Fui amarrarlos lejos porque nada me permitían escuchar.

Me dijo su nombre, impronunciado a mis labios, el recuerdo de ese día de tantas veces que lo repasé se me fue desgastando. No sentí al forastero como una amenaza porque a kilómetros mi hogar parecía bastante más pobre de los que estaban alrededor mío. Pregunté qué estaba buscando y me dijo que venía

de lejos, buscando un hombre, que el hambre le impedía recordar quién, así que esperaría a la puesta de sol para ponerse a preguntar. Como le llamaron la atención mis bugambilias rosas enraizadas a la pared de mi casa, pasó los dedos sobre la enredadera esmeralda en lo que agarraba aire.

Le invité a sentarse en una de mis sillas de madera y cuando lo tuve más cerca le vi el hambre en los ojos. No le traje agua solamente, sino un café bien cargado con unos huevos revueltos con tortillas. En la mirada le brillaba el agradecimiento que de la vergüenza no supo pronunciar y comenzó a comer sin alzar la mirada del plato hasta que terminó todo. En lo que comía me puse a arrear agua de los pozos y cuando acabó me ayudó con las cubetas, a barrer la entrada de la casa y a martillar la puerta rota del tallercito humilde en el que me ponía a diseñar las artesanías que Emiliano iba a vender a los mercados. Pobre criatura vagabunda, a pesar de su imponente física me enterneció, pero mis hermanos desde siempre me dijeron que todo me enternece, hasta lo que da miedo.

Para sacarme conversación, el forastero me comentó lo mucho que le desagradaba la luz de las tres de la tarde: era tal, que hacía palidecer el cielo de su azul, decoloraba los cerros y fundía los paisajes en dos luces, la que sobreexponía las superficies y la que dibujaba las sombras. Luz desterradora de los matices que componían todas las cosas, por ello me pidió ser mi invitado hasta que el sol se fuera y se marchara hacia sus quehaceres.

Ya cansados de trabajar como las mulas todo el día, me senté con ese señor en la mesa, cosa poco común en mí, porque Emiliano nos tenía prohibidas las visitas de los extraños, pero miedo yo no sentía. El forastero me trataba respetuosamente por el agradecimiento de la comida, me preguntó por mí pero no tuve mucho que contarle, nada que no viera reflejado en las caras de las mujeres de las casas vecinas. Era humilde nuestra manera de vivir, darles a mis niños sus tres comidas diarias y garantizarles que tengan un techo firme bajo el cual descansar. Le pregunté si tenía madre, no me pudo contestar la pregunta.

No quise seguir contándole de una mujer que tenía más obligaciones que años porque el forastero, por otro lado, tenía historias fascinantes. Viajaba por el mundo, recorría desiertos de arena dorada y atravesaba océanos de aguas revoltosas, él solo, nadie lo quería acompañar: si me mentía, no quise saberlo, no importaba. La boca de ese hombre estaba poblada de historias de colores o de detalles sombríos. Las de la iglesia de los domingos eran repetitivas, cansada de escuchar como Moisés con la voluntad de Dios partía el mar o como Jesús multiplicaba el blando pan y el pescado salado, recibí sus historias como una brisa fresca del río que a veces el viento le daba por empujar. Me volvió a decir que vino desde lejos buscando un hombre por encargo de alguien más. Su nombre no lo recordaba bien. No quise entrometerme en sus asuntos, por lo que no pregunte alguna otra cosa.

-Que escondido venirse a encaramar a los cerros. -me dijo el forastero bien despacio, con su voz cansada de la plática larga, observando como los arcos de piedra de las montañas se apretujaban en el marco de mi ventana. Como venían las nubes desplazándose a refrescar mi tierra sedienta. Yo le serví más agua para revivirle la garganta y queriendo escuchar más de sus historias le contesté:

-En esta parte del pueblo el sol nos pega primero a nosotros y nos despide al final. Igual las nubes. Nos llegan tan cerca que tocan las cabezas de mis hijos en lo que juegan en el patio. Y cuando uno se pone a orar puede sentir los ojos de Dios más cerquita. Los ríos que crece la lluvia evitan mi casa, y uno respira primero el aire que llega empujado de otras partes. Uno creería que vinimos a este cerro por un tiempo, pero yo desde que ví estas montañas escogí este lugar para pasar mis días, para fallecer algún día de estos.

-Está demasiado joven para pensar en la muerte.

-Uno debe ir haciéndose cargo y asimilando todos los asuntos que vienen, o estos llegan para agarrarlo a uno desprevenido. Y yo no me puedo dar esa comodidad, no con tanto que hacer.

Al forastero le dio gracia lo que dije, se le veía que no era un hombre de risa

fácil.

-Cuénteme la vida con su esposo. -me preguntó de repente, se había puesto serio.

-¿Qué quiere saber? Es un hombre que de buenas entenece, pero de malas hay que evitarlo. Nos quiere, a mí y a mis hijos, pero debe ir lejos a traer el sustento que pone sobre la mesa. Por eso le perdono todas las que me hace. Pero no le digo esto para quejarme. Él fue quien me tocó, así fue como lo conocí. Ya se irá haciendo viejo y ablandando ese carácter que tiene, si llegamos a tal destino.

-Le deja demasiadas tareas encomendadas al futuro.

-Siendo pobres es la única ilusión que nos podemos permitir. A mí me sirve imaginar que el día de hoy no se repetirá mañana, aunque se repita, que tiene, lo importante es seguir nutriendo la ilusión. -no le dije más, no era necesario añadirle más palabras a un pensamiento así de infortunado.

El forastero guarda silencio, entristecido.

-Se tiene que ir antes de que él llegue, que es dentro de poco tiempo. -le dije.

- Le empacaré algo para que se lleve comiendo en su camino en lo que trata de recordar al hombre de su encargo.

Lo vi sentado en mi insignificante mesa en donde no le cabían las piernas de tan grande que estaba, pero no se quejó. Agarraba el vasito de agua ya vacío en sus manos, mirándome extrañado.

-He conocido muchos lados, observado a muchas gentes en mi camino. -No hizo caso de mis palabras y me puse a escuchar al forastero sentado en mi mesa. Algo le había cambiado en el rostro y no supe discernir que era. -Hasta ahora nadie se ha portado tan amable como usted conmigo, traigo una mala fama infundada a cuestras, soy evitado. Pero usted fue generosa con quien no conocía. Hay pocas gentes así repartidas en este pedazo de tierra árida. -Me dio una sonrisa honesta encerrada en la espesura de su barba, algo minúsculo le cambió el semblante. - Le pido no guardarme rencor. Ya nos volveremos a ver de nuevo con los años adentrados, ya lo verá. Muchas gracias por el café.

-No lo entiendo, señor. Y tiene que irse, porque Emiliano ya va a llegar a la casa, no se que le hará si lo encuentra.

Escapando del espeso cielo entró un último rayo de sol que iluminaba mi

cocina, brillo dorado y luego se fue para siempre. Las nubes bañaron con su luz tenue mi casa. Escuché a mi esposo silbar atravesando el caminito que daba a la puerta de la cocina. El forastero se quedó sentado en la mesa viéndome y viéndome, pero miedo yo no sentía.

-¿Mónica? ¿Quién es este señor?

Lo vi de pie en el umbral de la puerta, tratando de construirse una oración coherente en su tartamudeo ebrio para expresar su indignación de ese extraño sentado en su mesa. Palabra no podía yo pronunciar porque aún intentaba darle un sentido a lo antes dicho por el forastero.

- ¡Mónica! - Arrojó al suelo la botella que traía en la mano. - ¡Qué quién es este señor y que está haciendo en mi casa!

Ahora sí sentí miedo. El terror decapitó las palabras en mi boca antes de siquiera ponerme a pensarlas. El forastero no le cambió la expresión triste en el rostro, ni cuando le cayeron pedazos de cristales rotos a los pies. Se levantó sin darle la cara aún a Emiliano, se puso su sombrero y luego lo inclinó hacia donde estaba yo, en un momento de mi vida donde nadie me había tratado con tanto respeto. Cuando se enderezó, tu abuelo estaba por dar un paso hacia él, cuando este empezó a hablar en un tono de voz desprovisto de emociones, helado como viento de diciembre.

-Emiliano Alfonso Hernández Gaytán.

Nomás se rió de escuchar su nombre en una boca extraña y tu abuelo le contestó "Yo soy."

Yo estaba inmovilizada sin saber, yo nada sabía en esos segundos. Lo que vio Emiliano cuando el forastero se dio la vuelta le deformó el rostro, le arrebató de golpe la juventud de su cara, lo envejeció décadas. Se cayó para atrás muerto de miedo. Arrastrándose por el suelo, gritando oraciones terribles de escuchar. Toda su hombría, su valentía, la vi derramarse como un vaso de agua desbordado. El forastero movía su cuerpo indiferente, caminando hacia Emiliano, agarrándolo del cuello de la camisa y llevándolo de su mano hasta el umbral, desde el umbral hasta el césped verde. Emiliano gritaba y se revolcaba y después lloraba lamentando su suerte, llorando por no poderse soltar. Los ví yo desde el marco de la puerta, y sin dejar de verlos me destrabé los pies y me puse a caminar despacio hacia donde se escuchaban los gritos de Emiliano

pidiéndome auxilio. Pero algo en el suelo me impidió poner un pie delante del otro. Baje los ojos, Emiliano estaba tirado en el umbral de la cocina, con los pies en la entrada y el resto del cuerpo afuera, sobre el césped y la lluvia que seguía derramándose, ya sin vida en sus miembros inertes. Alcé la cabeza hacia donde hace unos segundos Emiliano y el forastero se encontraban enzarzados, pero no había nada ahí, solo un vientecillo que cantaba como una flauta descompuesta y el profundo lamento de mis perros de los que me había olvidado. Abandonada del sentido de las cosas, no de inmediato me fui a ver si era verdad que era Emiliano el que estaba tirado, si yo hace bien poco lo había visto siendo arrastrado por todo el césped, gritando bien fuerte. Cayéndose liviana, le llegó una hojita de bugambilia seca a Emiliano y su rostro pálido, me asomo y sobre el umbral de mi puerta coronada mi bugambilia marchita y gastada, con las raíces negras y retorcidas.

Me di la vuelta para ver la mesa de la cocina y sobre ella estaba la comida que le ofrecí al forastero, intacta y helada ya. El café era un espejo negro y amargo, ya traía una mosca nadando dentro. Me lo acerqué a la nariz y no le encontré el olor.

No se cuánto tiempo después me encontraron mis hijos sosteniendo la cabeza de su padre, tratando de encontrarle el aliento que se le había escapado...

Me acuerdo que en ese momento me levanté. A tiempo para alcanzar a verle fresco el horror en su rostro cansado.

- ¿Y qué hiciste tú, abuela?

Se limpió la lágrima que le rodaba necia en el rostro. Sonrió tantito.

-Hice lo que hacían las viudas, hija. Enlutarme. Dejar de encontrarle el amarillo al sol, perderme en un bucle de pensamientos repetitivos que no podía encontrarles sentido ni solución. Me pasé semanas mirando quieta la puerta, esperando ver entrar a tu abuelo todo encabronado y revolcado a través de ella. Pero el forastero nunca me lo regresó.

En esa noche el arrullo del viento era un lamento al que no se le terminaba el aire.

-Me dejé devorar por la pena. -continuó. -Pero nomás poquito tiempo, porque mis niños necesitaban de su madre. Y por algo me dejó aquí, por algo él no nos llevó a los dos.

Un día me levanté antes de que el sol asomara su cara redonda de entre los cerros y me encerré en el tallercito hilando con los dedos canastas, adornos, sombreros y lo que sea que la gente quisiera comprar. No salí de ahí más que para darle de comer a los niños, me quedé hasta que los dedos se me inflamaron por el trabajo. Y así el día que siguió al otro. Junté a mis hijos, tus tíos y tu padre entre ellos, a cada quien le di su montón de mercancía para que fueran a vender al pueblo, yo junto con ellos para vender en más partes.

Pero aun esforzándome para quitarme de encima la pena no podía hacer más que salir de la casa ya entradas las noches para que mis hijos no me vieran quebrarme. Día tras día sintiendo el alma abandonándome por querer irlo a buscar.

Solo Dios sabe lo mucho que yo extrañé a tu abuelo. Yo pasé largos meses añorando escuchar como su risa poblaba los cuartos de la casa y sentarme con él a ver las tardes diluirse entre las montañas. Pero no pude evitar notar que mis hijos estaban mejor alimentados ahora que no invertíamos dinero en las bebidas en las que Emiliano solía perderse. Mejor vestidos ahora que era yo quien traía y administraba el dinero de la casa. Comenzamos primero los niños y yo vendiendo en el pueblo y luego viajando a otros lugares ofreciendo nuestras mercancías. Luego pudimos juntar más gente para que nos ayudara a hilar y hacer las mercancías y vender en otras ciudades, después finalmente abrimos la primera tienda. Y cuando los niños se hicieron hombres abrieron las suyas propias. Así fue como terminamos teniendo lo que tenemos hoy.

Con el tiempo hasta me empezó a dar paz esta relación que yo seguía teniendo con Emiliano. Ya nada más lo veía los domingos cuando llenaba la lápida de flores, misma lápida que hasta hace poco nos dimos el lujo de comprarle quitando la vieja cruz de madera de su tumba. Bien temprano por

las mañanas iba para platicarle cómo eran los días, cuántos centímetros crecían sus nietos por semana, como el cabello se me iba coloreando plateado cada que me miraba al espejo sin que él pudiera estar para contarme las canas. Recordar las penas que me hizo pasar alguna vez no le haría bien a nadie. Me las guardé. Coloqué en un altar a su padre del que nadie pudo bajarlo, les hacía a los niños recordarlo con el cariño que él había sentido por ellos. Hasta en las tiendas terminaron poniéndoles con su nombre “Artesanías Hernández Gaytán”.

Creo saber por qué te cuento todo esto. Ya siento la vida escapando de mi cuerpo exhausto, y no quería llevarme conmigo a la tumba el peso de estas palabras que llevo décadas cargando. Lo que tuve la confianza de contarte hoy es porque eres la primera de la familia en enterarte.

Me quedé en silencio, asimilando todo. Me recosté de nuevo al ladito de ella en su cama grande, para que pudiéramos ver el techo de su cuarto juntas.

- ¿Alguna vez te culpaste por lo que pasó, abuela? ¿Por haberle permitido entrar al forastero?

-Los primeros meses lo hice. No me podía sostener la mirada, ni tolerar tener que vivir conmigo misma. Pero yo más después pensé ¿Cómo hubiese podido evitarlo? ¿Cómo evitar la lluvia cuando viene de tan arriba, como le pones un hasta aquí a las tormentas con sus relámpagos, como devuelves los rayos al sol? No puedes. Yo, ni nadie hubiese podido.

Lo que sí podemos hacer es escoger como marcharnos, aunque muchos crean que no. Emiliano vio lo que vio en el forastero porque muy dentro de él tenía el miedo arraigado, echando raíces en su corazón. Pero yo no sentía miedo, hija. Todo el tiempo que pasé con el forastero hasta sentí calma. Por eso no me da miedo cuando vaya a regresar, porque lo hará. Y ahora que ya le conté a alguien ya debe de venir en camino. Me prometió tiempo y eso me dio. Como quiero escoger como irme, aquí lo voy a esperar, acostada. Que venga y me busque hasta donde estoy, ya estoy muy vieja y muy cansada para andarme buscando emociones fuertes.

-Qué cosas dices, abuela.

El sol nacía de nuevo, nos quedamos dormidas como quien se duerme para no despertarse más.

Yo sentía este nervio en el fondo de las entrañas. Mi ansiedad crecía conforme pasaba el tiempo, más cuando mi abuela Mónica se quedaba dormida y tenía que acercarme a su pechito blando a escucharle la respiración. Veíamos la tele, comíamos chucherías, nos abocamos a hacerle la limpieza en su casa y la veía esmerarse en explicarme dónde estaba cada cosa, desde lo banal hasta lo valioso. Los perros de mi abuela estaban tristes, apenas y se levantaban cada vez que ella salía al patio a vaciarles las croquetas y llenarles su cubito de agua. Me daba miedo dejarla sola cinco minutos. Quería robar tan solo segundos del tiempo que parecía ya tan extinto.

Otro día llegué a su casa, abrí la puerta con la llave que me había prestado y entre gritando su nombre. En la sala hay un espejo que refleja el otro grande, el de su repisa que mi abuela tiene en su cuarto, porque nunca cierra la puerta ahora que vive sola. Me callé para escuchar los murmullos. En el reflejo del espejo se miraba a un hombre, sentado en la orilla de la cama, con la mano de mi abuela entre las suyas. Igual a como mi abuela lo sembró en mi imaginación, morenas las manos y ensombrecido el rostro, rodeado por una barba negrísima, pero con su sombrero sobre la colcha de colores y una rodilla encajada en el suelo. Le hablaba entre murmullos, despacito, una voz que de perder la concentración causaba sueño. Mi abuela se puso de pie mientras el forastero le sostenía su mano. Lo mire alto y pálido como mi abuela lo había grabado en mi poblada fantasía.

- ¿Abuela Mónica?

Yo no sé cuál era el miedo, cuando entré al cuarto seguía ahí. Ella estaba acostadita en su cama, bien dormida, como duermen los que no sienten rencor ni dolor, ni pena alguna. Envuelta en sus cobijas de colores y con sus biblias abiertas.

La quise ver antes de dársela a la tierra para que nos la guardara.

El cielo no supo reflejar mi tristeza.

Qué guapa estaba, con sus ojos cerrados y la cara sin tensión, suelta ya de la realidad de la que estaba por ya no formar parte, como uno de esos globos de helio que con un viento suave se van volando sueltos y libres hasta lo más alto de las nubes...



VIVE

Noemí Hernández Rodríguez

Son las 6 de la tarde y vamos rumbo a la Sierra de Juárez, viajamos en un carro blanco marca honda y sin aire acondicionado, Marita, en su casa, revisa el radiador y se da cuenta que le falta agua, mi corazón empieza a latir fuerte pensando en las condiciones del automóvil y lo accidentado del camino ¿y si se nos queda el auto en una subida? ¿Y si viene otro auto en contra donde no hay lugar para ambos?

La sierra de Juárez es propiedad privada, donde se dan cita hombres y mujeres que gustan de las actividades al aire libre, ciclistas, senderistas, corredores campo traviesa que disfrutan de la altimetría, kilómetros por recorrer, con algunas pistas muy técnicas, pero, sobre todo, la convivencia, especialmente este último año donde fueron cerrados gimnasios y parques debido a la pandemia y el bichito covid19. Si usted llega a ir algún día, NO deje basura.

Para llegar allá, el camino es sinuoso, de terracería, entre piedras y tierra suelta, tan suelta que algunas veces las llantas de los autos que no son 4x4 patinan y se atascan. A los lados del camino se pueden ver y oler las plantas de gobernadora, hermosamente vestidas de flores amarillas, y también esas varas largas y secas que me recuerdan a mi padre cuando íbamos a los cerros a cortar ocotillos para techar la caballeriza donde se resguardaban los caballos del sol y del mal clima.

La temperatura de esa tarde típica de nuestro hermoso Juaritos; aunque esa tarde el cielo se veía cargado de nubes grisáceas sobre el firmamento. Hay pronóstico de lluvia, me dice Marita mirando al cielo, a ver qué pasa, lo bueno

que nos gusta la aventura.

Si usted viaja a Don Rayo debe tomar el periférico camino real, rumbo a Anapra, en el trayecto encontrará una rotonda, que haciendo un semicírculo le llevara al Cristo de Curiel y más adelante hay una desviación donde encontrará un apestoso, hediondo, corrompido, infecto, apestado, maloliente, pestilente cargante, molesto, fastidioso, inoportuno y agobiante lugar donde crían marranos, deberá tomar una respiración profunda mientras cruza por tal martirio, les recuerdo que no traíamos aire en el auto por lo que cerrar las ventanas era casi imposible.

Entre estas vicisitudes, llegamos a la explanada de la casa de Don Rayo las 6:40 pm, el atardecer se empieza a visualizar, ese cielo se torna anaranjado con rayos de sol a punto de esconderse tras las montañas, el auto se queda estacionado en la explanada, principal de la casa de Don Rayo, donde para mi sorpresa ya había cerca de 6 tiendas de campaña, de diferentes tamaños, formas, capacidades y colores.

De la cajuela sacamos bolsa de dormir, tienda de campaña, una silla y nuestras mochilas, preparamos nuestra tienda de campaña, acampamos a unos 20 metros de la explanada principal, limpiamos el lugar dando tremendos golpes al terreno con nuestras botas para quitar las piedras que pudieran molestarnos. ¡Había una preparación para hacer fogata!! Genial me dije ¿así que empezamos a armar la tienda, mhhhh que faltan clavijas????? Las encontramos finalmente.

Puse el tapete verde de yoga sobre la pequeña tienda ya armada, después la bolsa de dormir y listo, esta sería mi primera acampada en la Sierra de Juárez. Por cierto, que mi casa de campaña era un poco incomoda, no podía sentarme porque mi cabeza topaba en el techo de la misma y ya estando dentro era tan pequeña, que tenía que quedarme encorvada para darme la vuelta y poder acostarme. Para su información, tengo 61 años, la edad donde es más difícil hacer muchas cosas que una persona joven.

Saque mi silla plegadiza color rosa mexicano que hacia un contraste indescriptible con el lugar cubierto de flores silvestres de color amarillo, blanco y morado, gobernadora color verde con sus fragantes flores de color amarillo, buscamos leños secos, y encendimos la fogata, al poniente, el sol ocultándose en la montaña, dando la bienvenida al ruido de los animales nocturnos que empiezan a salir, ya con la fogata prendida, abrimos una botella de vino, pan, queso y a disfrutar del paisaje, la calma y la armonía que produce estar ahí.

Nos quedamos en silencio por un buen rato, difícilmente podíamos percibir las risas y platicas del grupo grande de la explanada principal.

Cerca de las 9 de la noche se empiezan a escuchar con más claridad los grillos, el golpeteo de la puerta de la tienda de campaña con el vaivén del aire, ver las estrellas en el firmamento, se puede decir que es una noche tranquila a excepción del viento y los ruidos de las criaturas endémicas. A unos 30 metros se escuchan voces y música.

Ya acostada, boca abajo y con mi cara hacia la puerta de mi tienda, escucho voces de esos apasionados corredores nocturnos, veo luces sobre su cabeza que danzan en el piso y así empiezan la aventura nocturna que solo entienden los amantes del running.

Al despertar, vamos al baño, ¡una foto dice Marita!!! y sobre el cielo, despertando con un sol brillante y hermoso como escenario, un revoloteo de palomas abriendo sus alas y volando, al escuchar nuestros pasos y voces.

Iremos a la cueva roja, después les platico como nos fue.



Museo de la Revolución en la Frontera

Av. 16 de septiembre y Av. Juárez s/n. Centro
Ciudad Juárez, Chihuahua

Visítanos en:

www.muref.org

Facebook:

Museo de la Revolución en la Frontera